

ANGEL MENESES

PAGINAS LIBRES

Publicación Opuscular Mensual

Número I

Enero.—1930
QUITO--ECUADOR

Talleres Propios.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

«CON LIBERTAD, NO OFENDO NI TEMO»

ARTIGAS.

RESURREXIT

Un día se publicó en París una carta, la cual, por su contenido, fue causa de sorpresa y estupefacción para cuantos la leyeron. Tiempos eran esos, en que no se podía hablar, así como así, de nada que se refiriera a la política y, menos aún, al gobierno de Francia. Se hallaba esta Nación en la época del más recio absolutismo y gobernaba el más ensimismado de los autócratas. En dicha carta, sin embargo, se pintaban al vivo los males de la violencia; se condenaba con acento de acerbidad el despotismo; se volvía valientemente por los derechos del pueblo negados o conculcados. Llegaba la osadía hasta castigar con dureza la soberbia, la arrogancia, la altanería del magnate coronado y encaramado.

Era el Rey Sol contra quien iba dirigida.

Bellísima, tanto por los conceptos que en ella se vierten, como por la forma en que están presentados, la mentada carta comienza así: "La persona que se toma la libertad de escribiros, no tiene ningún interés en este mundo. No os escribe ni por pesar, ni por odio, ni por ambición. No obra impulsado por el deseo de mezclarse en grandes o en pequeños negocios del Estado. Si se

RESURREXIT

decide a hablaros fuertemente la verdad, es porque la verdad es libre y fuerte”.

o o o

Sirvan las anteriores palabras del austero y sapiente Fenelón (Mentor de Príncipes o que aspiraba a serlo), para que el lector se explique el motivo que me obliga a presentarme nuevamente en la palestra, en una como aparición extraña. No hay en ello segunda intención, ni por asomo. Ningún incentivo de mala ley, ninguna mira bajamente intresada me pone en punto de romper este forzado silencio de largos días en que he permanecido. Ni pesar por honores o por beneficios no logrados, ni ambición ni codicia de lograrlos. Nada que descubra la trama de un feo artificio, nada que deje traslucir el fondo de un oscuro entresijo. Mucho menos rencorosidades guardadas y acedadas.

Y he de hacer hincapié en este último detalle, particularmente.

No voy, valga una frase vulgarizada, a respirar por la herida, atentos los daños de todo género que he recibido con una persecución sañuda e injustificada. No siquiera me quejo; antes bien, me encuentro a mis anchas con lo que me ha sucedido. Se ha puesto a prueba mi firmeza, y he salido victorioso de la prueba; he sido perseguido, pero no vencido. La furia de mis enemigos no ha conseguido abatirme; tampoco las tormentas y los embates de la adversidad. Esto me cnaltece ante mis propios ojos; y con esto, yo que no tengo orgullos, como dice por ahí un prócer de nuestras épicas jornadas libertadoras de este Continente, ando orgulloso y satisfecho.

Me moriría de dolor, de tristeza, de vergüenza, si por cualquier considerando de ruin procedencia hubiera traicionado a mis sentimientos y convicciones, y confundido-me con la turbamulta de simuladores serviles, o de aguán-talotodo cobardes y mentecatos, quienes ven únicamente

RESURREXIT

te el lado de las cosas con el cual se armonizan sus apertencias y placideces intestinales. ¡No! ¡Eso no! ¡Ni ayer, ni hoy, ni nunca! Mi lema es el viejo lema conocido con que un noble adalid de la España liberal y republicana supo batirse, gallarda y airosamente, en el palenque de las libertades públicas: "Se rompe, pero no se dobla". En el estallido de una bomba que se hace trizas y vuela en mil pedazos, como mil rayos zigzagueantes, hay sin duda el fiero esplendor de la belleza trágica. Pero mirad, si gustáis, el despachurramiento de un saco henchido de trapos.....

¡No y no decididamente! ¡Doblar me, nunca jamás! Me seduce la noble postura, de altivez y rebeldía, del que sucumbe luchando cuerpo a cuerpo con un fuerte y orgulloso adversario, tanto como repugna el vil gandumamiento del que, impetrante y lacrimoso, se tira a los pies del jayán altanero que le apalea. Quiero ser uno de los pocos, si los hay, que no han transigido ni un día, ni una hora, ni un minuto con esta situación; sin que les halague el señuelo de posibles acomodados, ni les arredre la realidad de seguras persecuciones y amenazas. Es el único honor a que aspiró. Y el único galardón tras del cual se van todos mis deseos y ambiciones.

o o o

Rompo este silencio mío, con perdón, para hablar la verdad. Toda la verdad, sin pucheros ni melindres, sin rodeos ni callejuelas. La verdad tal cual ella es, desnuda y limpia de lujosos arrequives y composturas, o de rebuscadas y ridículas garambainas. Sincera, franca, ingenua, leal, como debe presentarse siempre. A veces más bien desenvuelta, aun con escándalo de una hipócrita mojigatería. La verdad "libre y fuerte" que no se ha dicho, que no se ha querido decir, por servil o por abyecta domesticidad. La verdad que no se ha podido decir, por tener oprimida la garganta. La verdad denun-

RESURREXIT

ciadora y acusadora, acusadora y ajusticiadora, ajusticiadora y demoledora. La verdad revolucionaria.

Revolucionaria sí, sin que falte una tilde. No es una revolución, asombradizo lector, lo que te has acostumbrado a ver con tus propios ojos, o lo que cándida y bonachonamente crees o te imaginas. No es el bochinche callejero, la nocturna zalagarda de ganforros y capigorriones que se disputan, a puñada limpia, un nombre de cartel o una más sustanciosa ventaja. Que los casquen los unos a los otros y los dejen cual digan dueñas; que se encimen éstos sobre aquéllos, los muelan y los remuelan como trigo de cibera; que farfullen los que quedan de dueños del campo jactanciosamente su victoria, mientras los que huyen de él gruñen a regañadiente; su vencimiento: ¿vale todo esto algo más que el bochorno, el sonrojo de un espectáculo vergonzoso y humillante?

Una revolución es un magno acontecimiento de profunda entraña social y política. La sociedad, removida en sus más hondos fundamentos, sufre convulsiones y sacudidas espantosas, y se produce el hundimiento inevitable. Nada de lo que antes existía, como firme y duradero, se sostiene en solidez y reposo. Todo tambalea, se resquebraja, se desquicia, se viene al suelo con estrépito. Surgen de ahí, como a raíz de asolador cataclismo las modernas y florecientes ciudades, nuevas formas de convivencia común, nuevas normas institucionales, animadas por un nuevo soplo vital, por un espíritu totalmente renovado. La sociedad no es la misma que conocíamos hace poco; se ha transmutado, es completamente distinta. Es una sociedad más comprensiva de sus fines, más humana. Más perfecta, en consecuencia. Comoquiera que la perfección social implica sólo un resultado de la perfección del sentido humano que tiende a suprimir las sinuosidades y asperezas del egoísmo, acercándonos a vivir en más íntima armonía como hermanos que debemos amarnos los unos a los otros.

RESURREXIT

Y habría que entender la política en su genuino significado; hacer lo posible, cuando menos, por entenderla. Qué es, al cabo de cuentas, la susodicha política, y cuáles son, en último término, sus tendencias y finalidad. Mucho se ha hablado al respecto, y se sigue hablando aún. Se sigue y se seguirá. Pero, cualquiera que sea, para el discurso más o menos sabio, o exento enteramente de sabiduría, no queda duda de que la política envuelve un significado de bienestar común, que alcanza en conjunto a todos y a cada uno de los componentes de un cuerpo social. Sólo así se explica, también, que haya gobierno, y lo más que aparezca en su seno esta denominación; pues, si no ha de ser para su bien, ¿con qué objeto habría inventado la sociedad ese organismo que no es más que cosa suya, de su exclusivo querer y poder? Y he ahí que la política, mirada de este modo, tiene un aspecto de función social; la más sería función si cabe. Una función directriz que engendra jerarquía y subordinación de las demás funciones, con tal fin determinado de bienestar. Constitución, leyes, autoridad pública, administración son meros agentes de ese fin, y no se han de apartar de ahí, sin que se descomponga la máquina, o se descalabre del todo.

No es una revolución, desde luego, obra del instante. Es obra madurada del tiempo. Pasan años, muchas veces siglos, antes de que el libre examen de la verdad prenda la chispa, y haga explotar en llamaradas de incendio la cólera amontonada por errores e injusticias de que fueron víctimas incontables generaciones. Porque—fíjate bien, candoroso lector,—la verdad, sólo la verdad es la madre de las revoluciones de pura y legítima prosapia. De las grandes revoluciones que marcan el límite de una civilización decrepita, y señalan el punto de partida de otra que nace; o de aquéllas que, en inferior escala, mudan por completo la fisonomía moral de un pueblo. Revolución es, primero y principalmente, cambio interior de los hombres, según el pensamiento de

RESURREXIT

un filósofo. Cuando la verdad abre profundo surco en las conciencias, los hombres se transforman de suyo, y con los hombres las prácticas que constituyen su regla de vida. Nada, ni nadie, es capaz de detener el curso de los acontecimientos, los cuales siguen su impulso natural. Es, ésta, ley irreversible, irrefragable, sin contrarresto. Se impone con la fuerza de las leyes con cuyo ritmo alienta y se mueve el universo.

Guerra a la mentira: he ahí mi ánimo y mi determinación. La mentira no debe existir en ninguna de sus formas. Conforme al más viejo evangelio de todos los tiempos, la mentira no se hizo sino para ser destruída. Hay que golpear en ella fuertemente, cuartearla, desmigarla, derruírla. Reducirla a añicos, una vez en el suelo, pulverizarla. Y que el viento del olvido se encargue de disiparla con su sopro purificador. No debe existir la mentira ni en los hombres, ni en las palabras de los hombres; mayormente en sus hechos. El mal de los pueblos está, sobre todo, en la plétora de falsos apóstoles y redentores que le llevan boca abajo con sus lagoterías y embalecos. Alucinados por fáciles y traslumbrantes promesas, viven, pobres pueblos engañados, soñando en ilusorios paraísos. Y cuando la realidad los despierta con sus brusquedades, sienten la oquedad, el cansancio del que ha ingurgitado venenosa droga. Su mal, lejos de mejorar, ha empeorado. Es más desgraciado, todavía, que antes.

Guerra sin cuartel a la mentira, o no hay salvación posible. Guerra y destrucción, a banderas desplegadas. ¡Abajo los figurones grotescamente decorados y ataviados, soberbios envoltorios de necedad y desvergüenza! ¡Abajo los vocablos oropelados y de relumbrón, bóhdidos de brillo fugaz que se desvanecen en el vacío! ¡Abajo los fantásticos castillos imaginativos! Nada que no sea verdadero, ni en el pasado ni en el presente, debe mantenerse en pie. Sólo la verdad está llamada a imperar, a ejercer ahora y siempre su dominio, a servirnos de luz y de guía en el caos de desdichas en que nos hallamos

RESURREXIT

perdidos, y expuestos, posiblemente, a desaparecer. La verdad salva al mundo. Es la enseña redentora de la humanidad.

o o o

Más de un siglo de emancipación y vida independiente, y casi un siglo de independencia y vida republicana, vale la pena de que inquiramos, en un cabal ajuste de cuentas, lo que somos y lo que hemos podido ser, y dónde está el hito de nuestro atraso lamentable. Descontado, por cierto, con humildad cristiana, y hasta con cristiana resignación, que somos un pueblo rezagado, lo cual se nota a la simple vista y sin más trámite. Como un médico que auscultara su propio mal, debemos nosotros auscultar el nuestro; con recta y sana intención, sin tratar de engañarnos ocultando a sabiendas su gravedad.

Un siglo es un minuto en la vida de los pueblos... ¡Oh, sabiduría estupenda, la del que echó al mundo este parto genial! Un minuto.... ahí es nada.... aguardemos. Menos, muchísimo menos, es de creerse. Un milésimo, acaso; un décimo de milésimo, quién sabe. ¿Cuál es la unidad del tiempo tocante a la vida de los pueblos? Hay pueblos cuya historia se remonta a fabulosas edades. Lo mismo bárbaros que civilizados; o sea pueblos en pujanza y crecimiento, y pueblos en inercia y estancamiento. Brotan y se alzan a modo de una planta, canija o briosamente, según y conforme. Es una labor de mera vegetación natural, de mera conservación y desarrollo vegetativo. Todo depende del suelo en que han germinado.

¿Bien o mal vivido ese minuto? Tal parece, de cierto, la cuestión que habría que plantearla. Yo quisiera que alguien nos dijese si hemos dado de sí todo lo que podíamos dar, en circunstancias de evidente normalidad, las más favorables. ¿Lo que somos es todo lo que debíamos ser, en el mejor de los supuestos? Somos, comparativamente, un pueblo igual, inferior o superior a los otros

RESURREXIT

pueblos del mismo origen y la misma clase? Miremos en derredor. Hinquemos la mirada, escrutadora y penetrante, en torno nuestro. Y si hay quien se considere con fuerzas para contestar, hágalo. Pero, con verdad, no con mañosa sofistería; como si en ello consistiera nuestro posible rehabilitamiento, o nuestra condena irremediable. Porque, en la fatal disyuntiva del bien y del mal, uno de los dos tiene que ser el último resultado.

Somos, señores y amigos míos, un pueblo pequeñito, minúsculo, diminuto, pese a nuestras truculentas vanidades. Un pueblo andorrano, vamos al decir. Un Andorra nucvcito, empotrado en la elevada cresta de los Andes, bastante parecido al vetusto Andorra, perdido en la espesura de las altas montañas pirineicas. Nuestro paso ha sido lento; tardío y casi ninguno nuestro progreso. Nuestra historia, de pequeñeces y miserias, no es para que nos destaquemos en primera fila; ni siquiera en un puesto espectable. Con dificultad les alcanzamos a la cintura a muchos de los pueblos arriba mencionados, y con pocos logramos ponernos ras a ras. Mientras aquéllos miden por pies su estatura, nosotros medimos apenas por pulgadas. Nuestro nanismo se achata más ante su corpulencia. Quedamos, al lado de ellos, confundidos e inadvertidos. Carecemos de sujeto; somos un pueblo sin personalidad. Un pueblo oscuro, desconocido. ¿Quién hace caso de nosotros? Y demasiado hemos visto cómo nos lo hacen, cuando esto sucede. ¿No es, por ventura, con maligna curiosidad, o, a lo más, piadosa? O quizá, lo cual es más seguro todavía, como un cómodo renglón explotable. Triste condición, de todos modos, la nuestra.

Y la mayor razón, entre varias razones de distinto orden, con ribetes de científicas, o como quieran nombrarlas, la encontraremos, a poco menester, en la vida que hemos llevado. Toda nuestra vida, o casi toda, es un compuesto de mentira y vaciedad en partes iguales. Un hueco amasijo de mentira, en cada vez más espon-

RESURREXIT

jado fermento. Hemos vivido cogidos entre dos férreos engranajes: el timo y la estafa; como cebo de gulas y concupiscencias aventureras, como carne de explotación miserable. De la explotación colonial pasamos a la explotación criolla, semicivilizadora la una, anticivilizadora la ótra. Nos emancipamos, pero no nos liberamos. Nuestra esclavitud física y moral ha tomado caracteres más tétricos y más vergonzosos, después que antes. No tenemos ya sobre nosotros la fusta del amo, sino el látigo del capataz. La garra del león hidalgo se ha convertido en pazuña del asno montaraz. En coz o en dentellada, el zarpazo.

Pero, en ninguna época (y son varias y en demasía para el corto tiempo que abarca nuestra mísera existencia no más que de ayer) la mentira ha picado tan alto, como en la época actual. Ha subido, esta vez, quince codos sobre las mentiras más empingorotadas, a manera de un diluvio que no dejara bajo sus aguas cenagosas ningún vestigio de viviente realidad, ni tampoco de ilusión y esperanza de algo verdadero. Todo ha quedado, en efecto, sepultado a muchos miles de codos de profundidad, borrada toda señal de lo que fue y lo que aspiraba a ser, como un mundo que volviera al caos del que emergió y se diluyera en él, desgraciadamente, para siempre. ¡Para siempre! Palabra funesta, terrible, aterradora. Ojalá, ahora, sin sentido. O, a lo menos, ésta sea nuestra fe; fe de carboneros a quienes su fe los salva. Porque un día hemos de alcanzar los dones de la libertad, para el goce de la verdad y del bien a que tenemos derecho. Un día tal, un gigante asomará allá, en un trecho todavía no comensurable, su hirsuta cabeza desgreñada, como si se escapara, después de pavorosa lucha, de las fauces del naufragio. Miradle fijamente; reconocedle: es el monte simbólico de la sagrada tradición consoladora. Aguardad que se pose sobre su cima la barca milagrosa.

Hasta tanto, es horrible y desesperante lo que pasa.

RESURREXIT

De tal suerte se ha mentido y con fuerza tal, que padecemos a estas horas los estragos de un fiero trastorno de nuestra razón y nuestros sentidos, debido a lo cual han sufrido una completa inversión todos los valores; logrando éstos uno que no solamente no es el suyo, sino que es abiertamente contradictorio, antitético. Lo negro se ha trocado en blanco, en esta ocasión, al pie de la letra; y en día la noche. Nos hallamos en un período agudo de sugestión. No vemos, ni oímos, ni palpamos, sino lo que quiere hacernos ver, oír y palpar una magia embustera con sus artimañas. Nuestra propia percepción y sensibilidad se han atrofiado para el ejercicio de nuestra propia voluntad. Nos hemos vuelto unos trastos manejables al ajeno capricho. Frías y estúpidas cosas.

o o o

Demasiado claramente se advierte, con lo apuntado, que la índole de esta publicación es, ante todo, política. Acaso me anime a espigar, una que otra vez, en campos extraños a dicha actividad, a guisa de descanso y pasatiempo. Pero, no es ello lo principal, sino la política. La política a lo ancho y a lo largo; en toda su extensión imaginable. Mas, antes: ¿se puede hablar? ¿nos es permitido decir, con entera libertad, lo que sentimos y pensamos respecto de la política actual, de sus hombres y de sus cosas, en expresión franca de la verdad a todo trapo?

Con el derecho del que forma parte de una democracia, y al amparo de las leyes que protegen el libre vuelo del pensamiento, doy estos escritos sin ningún resquemor a la estampa, seguro de mi buena intención, no de aquélla con que el bellaqueo de ruín y torcida murmuración pretenda juzgarme. Mi consigna es la misma de ayer: independencia absoluta. Deberes y compromisos sólo con la Patria. Ni vengo a servir otros intereses que

RESURREXIT

los altos y puros de la verdad. Detrás de mí no hay nadie. Detesto, con todas mis hieles, la vil estopa de sucios y zarrapastrosos caudillajes, y me causan asco, repugnancia invencible, los pataleos de repulsivas arañas que se agitan, impotentes, en la oscuridad. Como Flaubert, deseo colocarme en lo alto de la columna Vendome: "la postura es incómoda; pero, puedo escupir a todos los miserables que pasan".

No os escueza, sin embargo, este mi rudo desenfado; ni vayáis, por ello, a preveniros desde luego y sin más ni más. En ningún caso esperéis de mí que me aparte de la corrección que debe campear en los que esgrimen una pluma. No porque se ataquen a fondo dos adversarios; no porque corra a borbollones la sangre en la lidia; no porque un certero pinchazo le arranque a uno de ellos la vida, deja de haber corrección, puesto que se batan lealmente. Lo odioso, lo abominable es el golpe artero, alevoso, que hiere a socapa. Lo vituperable, lo mal visto es la clase de armas que se sacan a lucir en la estacada. Líbreme el Hado de incurrir en caso de menos valer, echando mano de aquéllas que están vedadas por la hidalguía, y menos empleándolas como un bandido de encrucijada. El que falta a la verdad, pierde toda consideración, se descalifica de por sí, se coloca al margen de toda garantía; y bien merece el trato que se le dé como a perillán o belitre desmañado. El caballero tiene diputado de antemano, en la pública estimación, el puesto que a su alta calidad le corresponde.

La mentira, de atenernos al consejo justo y sabio, se ha de combatir, "no con odio, con fogosa violencia egoísta, sino con pureza de corazón, con santo celo, caballerosamente, casi con piedad". Pero, sobre todo, no se ha de sustituir una mentira con otra mentira. "No has de reemplazar tal mentira deshecha con otra nueva, que sería una nueva injusticia tuya, madre de otras mentiras. De esa manera, sería el fin último de esa tarea peor que

RESURREXIT

su comienzo". Que es, precisamente, lo que ha sucedido con esa gran mentira que tuvo su origen en otras mentiras pasadas y está engendrando nuevas mentiras, en una tarea que sólo ha servido hasta hoy para empeorar con síntomas alarmantes nuestra situación, ya de antaño agobiada y maltrecha. Lo cual hemos de procurar, con limpia alma y buena fe insospechable, que no continúe en adelante, ni menos se perpetúe.

Y es oportuno recordar aquí (no como un prurito de vindicación o exculpación, fuera de lugar; sino como una simple constancia de los hechos, necesaria para el juicio de éstos) que tal fue la severa pauta de que, tampoco, me aparté ayer. Mi actitud, frente a la Dictadura, nada tuvo ciertamente de egoísta. Nadie podrá afirmar que anduve al servicio de mezquinas parcialidades, con fines de dudosa claridad; ni se dirá que me salí a ninguna hora, en las fervorosidades de la lucha, del campo circunscrito por las leyes de caballeroso decoro. Empero, si se nos aturdió con el rimbombar de bellos ideales patrióticos, en justificación del golpe alevoso de la fuerza con que se echó abajo un orden de cosas establecido; ¿qué razón cabía invocarse para negarnos, luego, la libertad de exigir el cumplimiento de esos ideales? He ahí mi pecado. Y el pecado de cuantos, como yo, acometieron una empresa que a todos nos pertenecía de derecho. La verdad, al cabo, es que no se han cumplido hasta ahora. Y lo que al principio se manifestó con visos de noble sinceridad, ha venido caracterizándose, posteriormente, con lineamientos de una farsa ignominiosa.

Porque farsa, no más que farsa ignominiosa y abominable; ha sido, sin ápice de duda y comején, todo lo que hasta este momento hemos visto. Soflama, embaucó miserable. Dónde, sino, la política renovadora e innovadora que tanto se nos prometió. Dónde los hombres llamados, por su virtud y su saber, a auspiciar aquella política. Dónde, en consecuencia, las normas de acción para la obra regeneradora y redentora. Dónde, en fin, los

RESURREXIT

brotos nuevos, talado el añoso bosque de nuestras desventuras nacionales, que presagiara una era feliz de resurgimiento patrio. Todo igual y aún peor que antes. La misma política anatematizada; la misma, no siquiera corregida y enmendada, sino aumentada y perfeccionada. Dictadura, Constitución, Presidente constitucional, Gobierno constituido; todo recortado en los mismos patrones conocidos, zurcido o respuntado según los mismos viejos métodos desacreditados. Con el aditamento del cinismo, en el más alto grado, para la mentira, y la audacia, llevada hasta el descaro, para el aprovechamiento de élla. Pues, digo, ¿cuándo hemos visto los ecuatorianos algo que se parezca a este dichoso estado actual, ni hemos presenciado mayor celo, abnegación y desprendimiento en quienes se desvivieran por nuestra felicidad? Sólo que ¡ay! no hemos divisado, ni a lo lejos, las Islas Afortunadas; y bogamos en aguas sulfúreas, tartáreas, como si fuésemos a ser tragados por negro Abismo.

o o o

Y bien, ¿se cumplen, o no, los cuestionados ideales bellos y patrióticos? O, en términos más precisos, ¿se le pone coronación y remate a la mil veces cacareada revolución? Porque no es dable suponer que de "gloriosa", como la proclamaron, con gritos que hendían el alto firmamento y rutumbaban en las vóvedas subterráneas de este hueco Planeta, nuestros fieros hijos de Marte, viniera a degenerar en ignominiosa, como un vil sainete de beneméritos Cofrades de la Pirueta. Y menos habían de consentir, estos bravos hijos, que empollemos el huevo. Que alcemos, más concretamente, en campamento aparte, la bandera revolucionaria; esa bandera escarnecida hoy, ajada, pisoteada, por los mismos que la hicieron flotar a los vientos de todas las esperanzas reivindicadoras, en fugaces instantes de sin-

RESURREXIT

ceridad y entusiasmo. Lo natural es que tengan que evolucionar por su propia cuenta y en su propio terreno. Cambiar de frente; o, por mejor decir, volver a su primera posición. Lógicamente, es lo que debería esperarse.

Pero, de todos modos, lógicamente, o sin ninguna lógica, una cosa se presenta demasiado clara. Y es que hay que acabar lo principiado. He creído, y sigo creyendo (contra la corriente de los que han encontrado una postura cómoda dentro de esta situación), que nos hallamos en pleno proceso revolucionario. Como en cada nueva estructuración de la Tierra, la superposición de nuevas capas terrestres produce desgarraduras y hundimientos interiores, y desequilibrio y trastorno exterior, mientras dichas capas adquieren base y consistencia, no de otro modo parece que acontece en esta nueva etapa de nuestra vida republicana. Recordad que todo fue inquietud e inestabilidad en el primer momento; y, aunque se nota ahora una tranquilidad aparente, ¿quién podrá asegurar que la obra está concluída, y, peor aún, que se ha afirmado y solidificado? Y es punto no menos digno de consideración, que no hay semilla, de mies o de cizaña, que no prenda, que no germine, que no irrumpa, alegre o tristemente, por el campo con cuyos jugos se nutrió. Y esa semilla, bendita en cuanto de élla depende el florecimiento de nuestras libertades, no quedará sepultada y podrida, si es que una vez fue arrojada con amor y fe, no en roca ni en fangal, sino en suelo preparado para recibirla. En el corazón de un pueblo que no nació para ser esclavizado y explotado eternamente.

Y a ello vamos, vive Dios. Nuestras libertades florecerán, y hasta fructificarán: ¿quién lo duda? Empero, pensemos cómo lograremos la realidad de este anhelo. No será, de fijo, por vía torcida, por estrecho sendero de fuerza y de violencia; sino, rectamente, por ancho camino de verdad y de convencimiento. Con profundo sentido se ha dicho que la verdad, por ser la fuer-

RESURREXIT

za revolucionaria más poderosa, es, también, la más temida. De ahí que se mantenga en constante lucha con el despotismo, el cual sólo medra a costa de la ignorancia y el error. De ahí, también, el odio cruel, la venganza implacable, la persecución, el martirio y, en veces, la misma muerte, para los que sostienen la verdad. Vano intento, desde luego, querer aplastarla; pues, tarde que temprano, a través de cruentos e incruentos sacrificios, depurada por el dolor, ennoblecida por el sufrimiento y la heroicidad, triunfa gloriosamente, y su triunfo es la condenación de toda mentira y toda tiranía, y la redención y la salvación de la humanidad.

o o o

Con esto, me resta, solamente, indicar el por qué de mi presentación en tal traza como me ven ustedes. A muchos les parecerá desusada y pedantesca, y quizá algunos la encuentren puntos y collares de relamida y presuntuosa. Sea lo que fuese un sastre, que diría nuestro excelso don Juan. Me presento como puedo: he ahí la razón sencillísima. Si no tiene uno más forma ni manera de hacerlo, ¿ha de excusarse por eso, no más que para satisfacción del vecindario? Ande yo caliente, y ríase la gente. O no se ría, si no es de su agrado; y emberrínchese, y berree, si mejor le place. Además, considera, pío lector, que no es poca ganga aquello de ser uno señor de su casa; magüer no llegue ésta, cuanto a su valor mismo, sino a pobre y humilde cobertizo. Ser dueño y señor por derecho propio, y mandar, claro está, a todo su talante. Tan calamitosos, por otra parte, se han puesto los tiempos, que a dos pasos del techo que nos cobija, no sabemos el suelo en que pisamos. Por lo cual, corremos el albur de dar con una cueva o madriguera donde nos imaginamos hallar una honesta posada, como en ciertas ventas de algunas historias añejas.

Otro sí. Declaro, para que conste, que me resuelvo

RESURREXIT

desde este momento a todas las eventualidades, lo mismo que ayer. Si se encrespan, si se aíran, si bufan como tigres embravecidos y se lanzan sobre mí, deseosos de devorarme: tanto mejor. Es señal de que mis ciertos venablos han dado en el blanco. Declaro, también, que no cejaré, en este terreno, sino en lid honrada y denodada, puesto que la razón se me adentre en el pecho como un dardo mortal. El arrebato, la iracundia, la violencia es el último argumento de la sinrazón, a falta de razones valederas. El asno cocea, el lobo hinca sus colmillos, el tigre despedaza con sus garras. Sólo el hombre discurre, razona. ¿Está escrito que nos hemos de entender como hombres o como bestias? Entre tanto, me pongo en guardia y.... espero.

Mi apostolado, expresé hace poco, es el apostolado de la verdad. Apostolado noble, elevado, magnánimo; de generosidad y abnegación, de abnegación y sacrificio. De sacrificio, sí. Es una bella postura desafiar las iras de la incomprensión o de la mala fe, y enfrentarse con una fuerza insolente y dañosa que no acepta contrarresto. No hay sino dos formas de vida, como nos enseña Gorki: "podrirse o quemarse". Podrirse como manzana del Mar Muerto, o quemarse como zarza de Horeb. Podrirse de hartazgo, de glotonería, como un depósito de inmundicias; o quemarse, con luz blanca, de locura y ansiedad espiritual. Prefiero lo segundo. Mi reino no es de este mundo. No busco el reino de la placidez estomacal; busco el reino de la Justicia. De la Justicia que es Verdad y es Bien y es Felicidad.

o o o

¡Ea! "La verdad está en marcha....", como gritaba ese tremendo batallador de la Francia del setenta, la Francia tormentosa de "La Debacle", contra la militarada francesa que quiso perpetuar la ignominia de la farsa napoleónica....

COMO DECIAMOS AYER

(CAPITULOS DE UNA TIRANIA)

PRIMERO

RESUMEN:

EN PLENO TERROR.—DICTADORES Y DICTADURAS.—PROGRESO Y TIRANIA.—PROGRESO Y MISERIA.—LA ACCION QUE NECESITAN LOS PUEBLOS.—EL PEOR DE LOS MALES.—UNA VIEJA FORMULA.—SINTESIS DE SUCESOS.—HECHOS, NO PALABRAS.—VERDAD, LUZ Y REDENCION.

“EL gobernante que no permite hablar ni escribir es tirano”—dice el más grande rebelde de cuantos han nacido en esta tierra ecuatorial—; “el pueblo que no puede ni uno ni otro es esclavo”. Nadie habrá tan osado que pretenda argüirme de apasionamiento, y menos de falsedad, en el juicio de los acontecimientos políticos de los últimos años, si afirmo de primera entrada, con el desenfado de quien afirma una verdad rotunda, que hemos vivido los ecuatorianos, durante esta azarosa época de nuestra vida republicana, bajo un poder tiránico, de opresión y arbitrariedad, que ha encadenado principalmente el pensamiento y la palabra, y nos ha reducido por este solo hecho a la miserable condición de esclavos. Males de otra clase hemos soportado, en pequeña y en grande escala, con los cuales se ha menoscabado sin duda nuestro derecho, y hasta podemos anotar que en asuntos de primordial interés, aquéllos que más de inmediato nos atañen, se nos ha puesto al margen tal como si no existiéramos. Pero, si bien nos fijamos, ninguno de mayor gravedad, ni que más sensiblemente hiriera nuestra altivez de hombres libres y ciudadanos de una democracia, que éste que nos ha privado de un atributo esencial, el

primero y mayor de todos nuestros soberanos atributos, reventándonos los ojos de la razón para que no intentáramos penetrar en la maraña de los sucesos acaecidos y ahogándonos la voz en la garganta para que no gritáramos ante los pujos de una hinchada soberbia, o los esguinces de una ambición audaz y desatentada.

Oprimidos, tiranizados hemos vivido, como en otros tiempos de amarga recordación. Con el fin de asegurarse en el Poder, para continuar en el goce de sus beneficios a perpetuidad, en el empeño de hacer y deshacer de este desgraciado país a sus anchuras, han saltado, los que están de dueños de él debido a la usurpación y el engaño, por sobre toda consideración, han pasado por encima de todo respeto. Nada les ha detenido en la desafortada carrera de abusos y atropellos. No ha habido derecho que no fuera conculcado, ni libertad que no sufriera la iniquidad del atentado. Esta Dictadura, como todas las que antes de ahora hemos soportado, ha querido señalarse tristemente. Como todas ellas, y peor que ellas, en muchos aspectos, ha buscado una triste perdurabilidad en las páginas calamitosas de nuestra historia, que son las más. Hemos vivido, lo mismo que entonces, a merced de su loco desenfreno, como a merced de una fuerza ciega que nos doblara y abatiera sin remedio. Se ha alzado como una tromba; ha soplado como un vendaval; ha barrido como un huracán. Hombres leyes, instituciones, nada ha quedado en su puesto. Todo ha caído a sus rudos golpes y sacudidas. La libertad de la prensa, desde luego, más que ninguna otra, ha servido de blanco de sus furiosas embestidas. Mal año para quienes se han atrevido a pensar por su cuenta, y han dado a la estampa sus pensamientos. Una sola palabra que no sonara dulcemente a los oídos dictatoriales, ha sido causa de saña y persecución para los que la han profesado sin dañadas intenciones y propósitos. Por el más leve reparo, puesto que alguien se creyera con capacidad para apuntarlo como un sano consejo o una saludable

COMO DECIAMOS AYER

advertencia, ha ido de fijo a un presidio, o bien en busca de asilo a países y lugares extraños. El rigor ha partido límites con el ensañamiento, contra cuantos hemos creído que podíamos hablar sin más trabas que las impuestas por el honor y el decoro ajenos, ni otro impulso que la fe y la honradez en nuestras propias convicciones. Se nos ha obligado a callar por medio del terror, a tragarnos la lengua. Y no digo más.

¡Y no os escandalicéis, oh vosotros los asustadizos, los tímidos, los pusilánimes, los que tenéis miedo a pronunciar la verdad! No sólo la sangre infunde terror. Ciertamente horroriza la manera como en algunos pueblos, todavía más desgraciados que el nuestro, se dispone de la vida humana, cual si ella importara poco o nada. Este es un salvajismo con el cual de ningún modo pueden avenirse quienes se precian de tener sentimientos cristianos y civilizados. El precepto de no matar es un precepto fundamental. No se concibe una sociedad, en que los unos se coman a los otros. Sociedad de tigres y de lobos carnívoros que se persiguen entre sí, se matan, se descuartizan y se harta luego cada cual con las entrañas de sus víctimas. Uno de los postulados más hermosos de la libertad, es el derecho a la vida. El criterio de la moderna civilización niega el que invoca la tiranía para quitar la vida, ni aún en razón de seguridad social, o como sanción por grandes faltas cometidas. Dicho criterio está reforzado, además, por la ciencia. No es sólo un sentimiento de piedad lo que influye en él, sino el claro concepto de las causas que inducen a la humana naturaleza a errores y extravíos. ¿Y se consigue algo con matar? Como medio de represión, no. Se ha comprobado que en los países donde existe la pena capital, la criminalidad no se amengua por ello; antes sucede lo contrario. Peor que peor como castigo. La muerte no es, bien mirado, la mayor expiación de un crimen, dado que éste alcance proporciones de cierta magnitud, ni muriendo se repara, en todo o

COMO DECIAMOS AYER

en parte, el daño causado, pues ese daño resulta, casi siempre, irreparable. En el caso de mi referencia, no vale sino como fermento de odios y venganzas sin fin. El que a cuchillo mata, a cuchillo muere; y quien tal hace, tal la paga. Es la cadena interminable, de sangre y de barbarie, de los pueblos primitivos, en los cuales el poder de los unos se cifra en el aniquilamiento de los demás, sin que la paz, y menos el amor que redime a los hombres y a los pueblos, llegue a unirlos nunca en un común entendimiento,

Méjico, pongo por caso, es uno de esos pueblos primeramente nombrados. Desde hace algún tiempo viene sirviendo de doloroso espectáculo a la contemplación del mundo civilizado. Ese Calles es, para mí, un monstruo abominable. Sus crueldades volverían odiosa la causa más noble y más santa, aun en el mejor de los supuestos. Ha perseguido, ha matado, como un vesánico de instintos malévolos y sanguinarios. Hubo época en que el cable transmitía, día por día, noticias de fusilamientos, no de tal cual persona solamente, pues ello no tendría gracia, sino por mayor, en grade escala. Ha matado a troche moche, porque sí, sin juicio ni misericordia. En el antiguo Méjico, los reyes se apodaban con extraños sobrenombres que concordaban con sus acciones atroces: el "Viertesangre" se llamaba el uno; el "Rajahombres" se apedillaba el otro, y, por este estilo, los demás. A ése que ha bebido sangre humana hasta ahitarse, le cuadraría un nombre horriblemente sangriento, y pasaría de este modo como jefe de una tribu bárbara. Ha matado por cientos; son incontables las víctimas de su furor. Aquellos sumarios verbables, única forma de juicio conocida allá para estos casos, son rapidísimos: aquí te cojo y aquí te mato. El mero hecho de no ser afectos a la política dominante ha motivado, muchas veces, el que encontraran muerte segura personas inocentes. No olvido las espeluznantes relaciones que leí durante mi obligada ausencia del

COMO DECIAMOS AYER

país, en la prensa extranjera debidamente informada, acerca de la manera inhumana como fue reprimido el levantamiento de una fracción numerosa del pueblo mejicano para impedir la prolongación de la tiranía con Obregón. Hasta vi reproducidas las escenas del momento mismo de las ejecuciones llevadas a cabo. Todavía me dura la impresión. Hileras de suplicados, situados a conveniente distancia entre sí, presentaban el frente a las balas de una soldadesca asesina. Altivos o resignados, en gallarda actitud de desprecio a la vida o con un dejo de amargo despecho ante lo irremediable, destacaban su silueta, en cuadro aparte cada cual, los de más viso e importancia. Alguno, de rodillas y cabizbajo, con los brazos entrelazados en el pecho y los ojos entornados, parecía que oraba, que se encomendaba al Dios de sus creencias, al ser inmolado. Nada, ni a nadie, perdonó la tiranía. Segó como una hoz las cabezas que pudo tenerlas a su alcance. Aquello no fue una represión, sino una terrible venganza. Un ensañamiento de fiera sin entrañas. Acabamos de palpar hace poco las consecuencias, en una guerra civil asoladora, que no será probablemente la última de persistir en los anteriores métodos. Y las palpamos, antes, en el asesinato de Obregón. Yo me alegré, confieso mi pecado. Crímenes y matanzas costó su primera Presidencia; crímenes y matanzas, la sucesión de su Presidencia; crímenes y matanzas, su cuasi retorno a la Presidencia. No regresó, porque no hay plazo que no se cumpla, ni deuda que no se pague: bien muerto está. Apuesto a que José Vasconcelos suscribe esta opinión.

Y conste que no hablo a humo de pajas. En una conferencia dada en la Universidad del Sur de California se expresó Vasconcelos, a ese respecto, en estos términos fulminadores: "Obregón había declarado que, según sus teorías, hay veces que un asesinato puede salvar de la revolución a un país. Esa teoría la había practi-

COMO DECIAMOS AYER....

cado con harta frecuencia, y ahora le aplican a él....” Pero, ¿había por ventura necesidad de esta declaración? La historia de los sucesos desastrosos de estos últimos años, para nadie es desconocida; sólo que la palabra de un hombre respectable y de limpios antecedentes, viene a confirmarla. Bastaría con que recordáramos el trágico fin de Carranza, de quien Obregón fue su amigo íntimo y su servidor. Y el asesinato del General Serrano? Y la siega de Generales, con Gómez a la cabeza? Y las montañas de cadáveres a su cuenta? Y los mares coagulados de sangre? Y los abismos de negras y espantosas calamidades? Todo porque quiso ser Presidente una vez y mandar siempre. La liquidación tenía que hacerse necesariamente. Cayó, en un momento, para no levantarse. ¿Ignoraba, acaso, que los días del hombre son contados? Fue, y ya no es. Aspiró a mucho, y sólo halló siete palmos de tierra para podrirse. ¡Miseria de la ambición humana! ¡Vanidad de vanidades de los hombres! Naturalmente, Calles lloró a moco y baba por lo sucedido. Debía llorar, y aun arrepentirse de que fuera él la causa de lo causado. Tanto más cuanto no es ajeno a la compasión. También se enterneció, tuvo pena del asesino Toral, según referencia de un periodista extranjero que lo trató al primero de cerca. Se compungió, hipó de dolor; pero.... se lo engulló. ¿Se comprende, ahora, por qué lloran las panteras, los tigres? Lloró y bufó. “El crimen sin precedentes que ha quitado la vida al General Obregón”—dijo en un escrito oficial—“cubre al país de vergüenza....” Este crimen, nada más? Llámeme “atroz”, “nefando”, “salvaje”, “vergonzoso”, o como quiera calificarlo; pero, ¿sin precedentes? Cuando me enteré de que Calles se alejaba de Méjico, no importa a dónde, respiré. Solté la respiración como uno que hubiese estado dentro de una campana neumática, próximo a la asfixia. Yo soy hermano de corazón de los mejicanos perseguidos, del mismo modo que lo soy de

COMO DECIAMOS AYER

todos los que en el mundo sufren los rigores de la opresión. Siento con ellos; palpito al unísono en la vibración de sus sentimientos. Y grito mi indignación a cada ultraje de que tengo noticia, y rompo en amargos reclamos a cada atrocidad que me hiere en la mitad del alma. ¿Se fue ya? Bien ido está. Agradezca a su buena estrella, que no lleva más contratiempo sino el torcedor de la conciencia, el cual alguna vez, quizá, le quitará el sueño, cuando los cientos de víctimas sacrificadas por él salgan de sus tumbas y bailen ante sus ojos aterrorizados la danza macabra de los muertos, entre horribles contorsiones y visajes. Decaído, fatigado, enfermo, lo encontró el susodicho periodista; "con señales manifiestas de abatimiento en su rostro arrugado". El gusano roedor que empieza a devorarlo.

No es éste, propiamente, un juicio acerca de las orientaciones políticas de aquel país. No he tocado el fondo de la cuestión; ni estoy en capacidad de hacerlo, por falta de cabal conocimiento de los hechos. "Había que ver", como expresó Manuel Ugarte antes de dirigirse a la Rusia de los Soviets. Había que ver, primero que emitir ninguna opinión al respecto. Ver y observar de cerca; juzgar a ojos vistas. De otro modo, se corre un albur que puede resultar desdichado. Lo que gratuitamente se afirma, gratuitamente se niega, y viceversa. En términos generales cabe asegurar, sin embargo, que la Revolución de mil novecientos diez lo fue en el verdadero sentido de la palabra. Una revolución que se venía de suyo, por gravitación natural, en gracia de los acontecimientos. Fue la reivindicación por la fuerza, de lo que por la fuerza había sido arrebatado. La necesaria reacción del usurpado contra el usurpador. Veintisiete años hacía que mandaba Porfirio Díaz como capataz de un rancho, a sosquines y empellones; o acaso mejor, como un señor feudal de horca y cuchillo. Vida y hacienda del pueblo mejicano estaban en sus manos. Suplantó la soberanía nacional y, due-

COMO DECIAMOS AYER . . .

no repugnan del todo; mas, no le perdono al autor de "Sartus Resartus" ese apego morboso a estos "héroes" de feroz catadura, aunque en el fondo de su profunda observación brille tal cual destello de luminosa verdad. Y menos le perdono cuando afirma que, antes del Doctor Francia, la América no valía un maravedí, y pone en solfa a sus hombres más grandes, como Bolívar, San Martín y hasta el mejicano Iturbide, quien, al cabo, no merece la apabullante zurrubanda. Es el caso, en resumen, que algo debió valer ese tremendo "Doctor", cuando todavía se le dicute. Hombre de ideas fue, indudablemente, y también de acción. "Nada había", y él hizo todo. Creó la industria, desarrolló la agricultura, dio impulso a las artes manuales. Todos los paraguayos tenían que ser gente de oficio y beneficio: tejedores, labradores, arquitectos, sastres, zapateros, cerrajeros, orfebres, cuanto había que saber. Levantó fortalezas, construyó edificios, abrió caminos, erigió ciudades. Y una cosa mejor que todas: fundó escuelas, difundió la enseñanza común y práctica en el mayor radio de posibilidad. Operó, en suma, una estupenda transformación.

Añadiré, para complemento del cuadro, que fue puro y honrado a carta cabal. De una austeridad a toda prueba. No buscó, a la manera de tantos déspotas encumbrados por obra de las malas artes, la satisfacción nada más que de viles logrerías. Ni derroches, ni dilapidaciones; peor, todavía, robos y expoliaciones a mano armada. Nada de lujos ostentosos y dispendiosos, sacados del sudor y la fatiga del pueblo. Menos aún, redondeó, cínica o subrepticamente, su fortuna privada, ni la de sus Ministros, de sus servidores y paniaguados. Vivía modestísimamente; pobremente, sueña mejor. Su casa presidencial, por poco un záquizamí. Su vestido, sencillo. Lo más vistoso de su indumentaria era su traje de etiqueta: un frac azul, galonado de oro, el primero y el último eso sí. Comida, frugal; dos platos escasos, y a las véces uno solo. De

COMO DECIAMOS AYER . . .

cuando en cuando, una piltrafa de gallina; por muer de un obispo, un sorbo de vino. Puchero con ma dioca y dulce "chipá", de ordinario. Gastaba d pesos fuertes diarios en la alimentación de él y de servidumbre, compuesta de cuatro criados. La cama c "Excelentísimo", como la de Federico el Grande, no la e vidiaría el último cabo de cuartel. Una tarima hum de, con los aderezos indispensables a lo más. Fieste si es que alguna ocasión no podía sacarles el cuerj por imperiosos motivos nacionales, de pura pantomim Un trago de mate y un cigarro, preparadas amb cosas por dos negros de la antedicha servidumbre, y sa se acabó. ¿Iba a emplear miles de pesos en champai y licores costosísimos, que hubiera sido como beberse sangre del pueblo? Y tocante a yantar, cada cual a casa. Banquetes opíparos son invenciones troglodítica Estos infames hartazgos, en medio de la miseria comú no eran de su afición. Carros regiamente montados, por señas. ¿Tenía derecho a estas gollerías, sacrificado a destajo la economía pública y privada? Trot trote, en su zaño, su moro, su picazo o su cervi vuno, jamelgos que todos juntos no le daban por cierto los corvejones al Bucéfalo de Alejandro, visitaba las obr: que se trabajaban, de utilidad pública, o iba a las disti: tas ocupaciones de su cargo, que exigían este adminícul En limpieza de manos, en severidad de costumbre nadie le echa el pie adelante. Sus manos destilarc sangre, no roña. Su aliento trascendía a circo roman no a cloaca.

No creo, empero—y este es el punto—que el Par guay sano y verdaderamente progresista de la ho: actual añore la malhadada dictadura del Doctor R: dríguez Francia, o "Franza", como le apodaba u: cuasi idiota hermano suyo; el cual hubo de acaba por este delito, sus días en la cárcel. El Parague liberal y progresista de hoy, ¿había de estimarse pe: judicado con que tan funesta tiranía no fuera al pr

COMO DECIAMOS AYER

compatible con la felicidad. Ni hacen falta, ciertamente, tales argumentos. No cabe, en buena razón, que lo uno se compagine con lo otro. Tiranía y felicidad son dos líneas paralelas que no se encuentran nunca. O más bien, dos caminos opuestos por los cuales jamás se llegará a un mismo fin. Aun en el supuesto de que te brindaran con la dicha material a manos llenas, que te tuvieran con el pasto a las rodillas en el capítulo de los goces materiales, la sola consideración de que no dispones de voluntad propia para el bien ni para el mal, como un perro mimado que anduvieran a traer con linda cadena al cuello a merced de ajeno capricho, o como un lucio equídeo bien mantenido que lo ataran a la muela del trabajo para ajeno provecho; eso sólo bastaría para que no te sientas a tu sabor, sino, al contrario, apesadumbrado y abatido. El hombre no es todo carne que haya que engordar. Es inquieta llama espiritual, que se alimenta de nobles y puros ideales. De ellos arranca luz y calor con que se aviva y se enciende, iluminando con suaves resplandores los agrios senderos de la humanidad.

Siempre que oigo que nos hablan de progreso, como justificación de las tiranías presentes y pasadas, se me viene a la memoria el recuerdo de ese tirano sombrío del Paraguay, conocido en la historia con el nombre de "Doctor Francia". Ninguno más monstruoso, después del argentino Rosas, flor y nata de los tiranos de América. Espeluzna la relación de los bárbaros crímenes cometidos por tan insigne malhechor, a título de gobernante de aquel desgraciado país de entonces. ¡Ay del que se atreviera siquiera a levantar la vista a la guarida del "Supremo Dictador"! Mataba, devoraba como un chacal. Su insana voracidad nunca se vió satisfecha. Item más: se deleitaba arrancando, palpitantes, las entrañas de sus víctimas, olfateando el olor de la sangre evaporante; mirando las muecas y convulsiones del dolor y la agonía mortal. La llamada "Cámara de la Verdad", lugar de atroces torturas inquisitoriales, funcionaba jun-

COMO DECIAMOS AYER

to al dormitorio de "Su Excelencia", y se aplicaban bajo su dirección. El en persona presenciaba, también, las ejecuciones de los condenados al último suplicio. ¡Tirano en realidad monstruoso este terrible don Gaspar! Pues bien, Paraguay debe estarle agradecido a pesar de todo, y aun reverenciar su memoria. Si alguna vez la palabra progreso ha significado algo positivo para el mentado pueblo, fue en aquella época inolvidable. Para ese tirano estafalario no existían, en su tiempo, sino dos pueblos civilizados y progresistas: Paraguay e Inglaterra. Desde luego, Inglaterra ocupaba la segunda fila. "Cuando asumí el Poder"—decía—"en Asunción no había tesorería, ni plata, ni armas, ni paños, y yo lo improvisé todo. Formé ejército, creé empleados civiles, establecí oficinas.... Nada había".

Yo añado que hizo esto, y muchísimo más. No fue Francia un tirano de pacotilla, vulgarón y sin pizca de gracia, como tantos que hemos conocido y que conocemos en esta América de habla castellana. No se alzó a mayores sin más acá ni más allá, como para burla y escarnio de un pueblo caído fatalmente en la desgracia; ni tomó ínfulas de matasiete, ya en las alturas, por torpe soberbia de haber alcanzado un puesto en que nunca soñó. Fue un hombre de ideales, apunta Alberdi. Fue un héroe—hombre superior, representativo—, anota Carlyle. Si aisló a su país de todo el mundo, insinuó el primero, lo hizo con su cuenta y razón; principalmente para evitar el contagio de la peste insurreccional que asolaba a la Argentina, o para extirpar por completo el virus colonial latente aun en la propia tierra. Para el segundo, no hay sistema que más le cuadre, políticamente, que el sistema "francino". Hasta suspira por una "gauchada" en los mismos pueblos europeos. Europa, como América, necesitaba de un barrido de "gauchos" según el estilo preconizado en tierras guaraníes. Había que limpiar de bandidos las viejas y las nuevas comarcas. Los conceptos de Alberdi

COMO DECIAMOS AYER

ño una vez del Poder, en él habría muerto, si antes ese pueblo que vejó y oprimió y lo creyó humillado, no le ocasionara el patatús que sabemos. Revolución justa y santa, como todas las revoluciones que salvan a los pueblos de odiosas y oprobiosas tiranías. Santa, con un santo mártir a la cabeza de ella: Madero. Y viene aquí lo principal. Política nada más en sus comienzos, tomó a renglón seguido un avanzado cariz social. Tenía que suceder así, ya que lo uno debía compenetrarse con lo otro, o no había en verdad tal revolución. Desde que Díaz se apoderó del Gobierno, se volvió un tirano al servicio de la plutocracia. Un agente oficioso de fuertes intereses plutócratas. La plutocracia industrial y la territorial, las más extendidas y arraigadas, le sostuvieron arriba, para la explotación inmisericorde abajo. El pueblo obrero y campesino engordaba con su sangre, licuada en copioso sudor, a ese enorme pulpo insaciable. De ahí que la obra revolucionaria no se redujera solamente a letra muerta de una Constitución, sino que se tradujera en realidades saludables.

Y se presenta, como corolario, la lucha de clases, vinculada obligadamente a la lucha de intereses. Comienza el viacrucis doloroso y sangriento. Estas luchas, por lo común, son bárbaras y encarnizadas; pues, quienes debieran ceder humanamente en lo justo y razonable, se mantienen en sus trece. ¡Oh, si hubiera algún desprendimiento en los magnates del Oro y el Privilegio! O, siquiera, un poco de sentido práctico. Pero, la soberbia y la codicia los enceguece, y ciegos y empecinados siguen su errado camino, hasta ponerse al borde del abismo y perecer en él, en medio de espantosa catástrofe. La revolución social no la incuban en su seno los explotados, los oprimidos; fruto es de la iniquidad de los explotadores, de las opresores. Es producto de la injusticia social, que mientras los harta a los unos de felicidad, los sepulta a los otros en la miseria. ¡Y se quiere perpetuar esa injusticia! ¡Y se prestan los gobiernos para perpetuarla! Mejor dicho,

COMO DECIAMOS AYER

son los gobiernos la causa, de que esa injusticia subsista. Acontece, pues, lo que es necesario que acontezca. Es ley de Dios que la humanidad ha de progresar, que ha de alcanzar su perfección y bienestar. Ninguna fuerza de los hombres es capaz de oponérsele, y menos de contrarrestarla. Así le enseñaba, desde su retiro de Yasnaya Polyana, al último Zar de todas las Rusias, pocos años antes de su caída, aquel Apóstol de la fraternidad humana que solía predicar con la palabra y con el ejemplo. "No quisiera morir"—le dijo en sus postrimerías—"sin manifestaros lo que pienso de lo que debería ser y lo que es vuestro actual gobierno, que podía dar una felicidad tan grande a tantos millones de hombres y a vos mismo". Y, después de pintarle el cuadro de horrible desesperación en que agonizaba exangüe y maltrecho el pueblo ruso, concluye proféticamente: "Vuestros consejeros os afirman que deteniendo todo movimiento vital en el pueblo, garantizan la prosperidad pública y vuestra seguridad. Pero, será más fácil detener el curso de un río, que el eterno movimiento progresivo de la humanidad, establecido por Dios". La voz del Profeta no fue escuchada; pero, la profecía se cumplió. El zarismo desapareció envuelto en llamas, como un viejo documento maldito.

Los partidarios porfiristas hablan de paz y de beneficios de la paz, durante aquella larga tiranía. Méjico progresó, afirman, a la sombra de la paz; obtuvo un alto relieve de adelanto. Fue rico y fue grande. Se impuso, afuera, al respeto de las naciones; y se sintieron comodidad y holgura, adentro. Lo contrario de lo que sucedía antes y sucede ahora. Conviene glosar estos conceptos de los secuaces de la supradicha tiranía, porque esos mismos conceptos los sacan a lucir los secuaces de todas las tiranías. Donde hay tiranía, ¿puede haber felicidad? Es lo primero. Dos mil y tantos años ha que el padre de la Filosofía agotó los argumentos de toda clase para demostrar que la esclavitud era in-

COMO DECIAMOS AYER

senente no más que una horrenda pesadilla pasada? "Hemos salido de la anarquía no por el camino de la riqueza, sino por el de las instituciones democráticas", manifestó el Presidente actual doctor José P. Guggiari, en una entrevista facilitada a uno de los grandes diarios de la prensa suramericana. Ya en otras ocasiones, al reseñar como candidato a la Presidencia su programa de gobierno, habló del "problema fundamental de la paz", el cual se resolvería eficazmente por medio del "libre ejercicio de las libertades públicas", dentro de las prácticas de la democracia. Verdad, ésta, como un templo. Pues, la tiranía no engendra sino anarquía. Es el caso de Méjico, después de Porfirio Díaz; el de Venezuela, después de Cipriano Castro, y el que luego veremos en este mismo país, cuando desaparezca, porque sí o porque cargue el diablo con lo suyo, Juan Vicente Gómez. Es el caso del propio Paraguay, después del Doctor Francia y los Solano López. Y si la paz equivale a progreso, fluye de suyo en que se ha de hacer consistir ese progreso. Sobre todo, cómo se ha de conseguir que se vuelva estable y consistente, cuestión capitalísima. Libertades públicas, de hechos constantes y efectivos, no de aparatosa farsantería, son la base indispensable. Lo demás vale tanto como edificar en arena, pese a lo monoseado de la figura retórica. Bien como después de profundo desequilibrio de la tierra, trema de continuo y no se halla en su puesto, hasta que encuentra su centro de gravedad; no de otro modo ocurre con los pueblos hondamente tiranizados, los cuales, tras de horribles cataclismos ocasionados por el cambio violento de situación, sufren frecuentes perturbaciones, hasta que tornan a su pacífica normalidad. El Paraguay liberal y republicano del día de hoy marcha con paso firme, y ha salvado valiosas jornadas que le acercan a la meta de un porvenir feliz. El libro negro de la Tiranía, cerrado queda para siempre. Archivado en las negruras del olvido. En

COMO DECIAMOS AYER

el libro de oro de la libertad, Gondra escribió la primera página luminosa, que no será, vive Dios, la última. Tal es la fe de ese pueblo en el Nuevo Evangelio.

Francia en el Paraguay, Gómez en Venezuela son modelo de gobernantes progresistas. Se parece el uno al otro, como dos gotas de agua llovida o cogida de un mismo surtidor. O mejor quizá, como dos inmensos molares de una misma dentadura. Los afectos a la segunda de las mentadas tiranías repiten, también, la cantilena consabida. En veinte años que ha durado dicha tiranía, Venezuela ha progresado enormemente. Agricultura, industria, comercio han recibido un maravilloso empuje. Y, en general, el adelanto logrado por ese país, en tan feliz etapa de su vida, es asombroso. "Había que ver", recalcaré con Ugarte. Pero, aun en el supuesto de que no hubiera la menor exageración en tales afirmaciones, y que en el referido país, como en el paraíso brahmánico, corrieran ríos de leche, miel y manteca derretida, circunstancia que convendría apreciar en su debido valor, lo que importa saber a punto fijo es si el pueblo venezolano está contento y satisfecho con tamaña fortuna. Todo depende de la manera de apreciar ese progreso. Para el escritor Laureano Valenilla Lanz, por ejemplo, producir es progresar. El progreso de Venezuela lo mide y escalona por las altas y bajas de la producción, en un balance cuya primera partida arranca del año de mil ochocientos treinta. La mayor producción por cabeza corresponde, en números redondos, a los gobiernos de Guzmán Blanco y de Gómez; gobiernos que el citado escritor llama "de autoridad". Principalmente al de este último, "el hombre más fuerte de toda su historia". Ha de entenderse de la historia de Venezuela. Como si los hombres fuésemos máquinas o bestias de labranza, y sólo eso. Otros bienes, de orden espiritual, entre ellos el de la libertad, que es el más importante de todos, nada valen para el mencionado escritor. Al contrario, su opinión es que América tiene

COMO DECIAMOS AYER

necesidad de un régimen tiránico, dictatorial, de caudillos fuertes y poderosos, para alcanzar su felicidad. Cuantos males hemos padecido, desde los comienzos de nuestra emancipación, han provenidos de la falta de hombres que aunasen a la clara visión de las conveniencias nacionales la necesaria energía para realizarlas. El mismo Bolívar se quejaba de que el desenfreno de las pasiones tumultuarias hubiese sido el mayor estorbo para el más pronto éxito de sus anhelos de libertad y aun para el mejor aprovechamiento de ella. Porfirio Díaz de Méjico, Julio Roca de la Argentina son tipos del entero gusto del reiterado escritor.

Con su pan se lo coma. Salvo el derecho que nos queda, de mandarle con su música a otra parte. Si le asistió la razón al Libertador en sus quejas, y hasta qué punto, no es materia que me propongo desentrañar; ni encaja tal enunciado en el propósito de este discurso. Sólo anotaré de pasada que, estimado en toda su exactitud y veracidad el asunto, la conclusión no se ajusta enteramente las premisas, y es dislocada y falsa por consiguiente. Si hubo ciertamente, durante la Gesta Magna, ambiciones personales que fue preciso reprimir y moderar, ambiciones desde luego muy explicables tratándose de una empresa que dio de sí tantos hombres de fuste, el motivo de los disturbios más hondos y trascendentes, generadores de los amargos desengaños que aquél sufrió, los hallaremos en lugar separado. Bolívar, hombre genial, de inteligencia y arrestos superiores, tuvo asimismo concepciones geniales, que lo indujeron a su vez a cometer errores de no poca monta. Soñó en una patria grande, tan grande como la mayor de todas, y se empeñó en volver homogéneos elementos heterogéneos, fundiéndolos en una sola turquesa. Este pensamiento no se anunció aisladamente; vino acompañado de un negro cortejo de temores y celos, con el mando a perpetuidad. Lo demás es conocido. Bolívar se hizo Dictador; usó de un poder tiránico. Y qué!, no es ésta

COMO DECIAMOS AYER

la prueba más palmaria de que la tiranía no edifica nada duradero? Remitiéndome al zarandeado escritor, permítaseme que no opine con él, ni esté a partir de un confite con su ilustre comentarista señor Marius André, quien saca la médula o sustancia de ese "cesarismo", mal denominado "democrático", para endilgarnos tales dictaduras o caudillajes con la hábil socialaña de que son "paternales" y "bolivarianas". A otro perro con ese hueso, señor André. Nosotros los americanos a quienes nos toca directamente el obsequio, no lo aceptamos. Una dictadura "paternal y fuerte, positivista y bolivariana, de origen popular o que tenga aceptación del pueblo...."; pero, qué avechucho es ése, estimabilísimo Señor André. Gracias, muchas gracias, señor!

Ved, pues, cómo la Dictadura que aflige veinte años ha horrosamente a Venezuela, resulta a la postre una Dictadura patrnal. Juan Vicente Gómez es como un padre para sus hijos: da sus pedazos por ellos; se pirra por tenerles a qué quieres boca. Ciertó que a veces castiga; pero, ¿todo padre no hace lo propio con los hijos que no aceptan sus consejos, que no obedecen sus mandatos, que se niegan al respeto y las consideraciones que le deben? Ese fraile alzado de Martín Lutero tenía razón que le sobraba, al afirmar que Dios nos envía tiranos, como nos da padres, para corregirnos y formarnos. ¿Queríamos andar siempre como corceles desbocados, en carrera vertiginosa por el camino del mal, sin que nadie nos atajara el paso? La tiranía, según ese principio, es un bien de Dios, bien supremo venido de lo alto. Lejos de quejarnos de ella, deberíamos agradecer rendidamente tan grande merced. Quien negaba el valor personal del hombre, y hasta acusaba de impía tal proposición, podía ver como cosa natural y corriente que fuésemos tratados como ruincs alimañas o algo peor. Yo me atengo en todo caso a la sabiduría de aquel otro fraile sin

retobos, quien nos enseña que la causa de nuestras desventuras son, en general, nuestros pecados. A lo menos, el Padre Nicrcmberg no distingue entre pecadores de arriba y pecadores de abajo. Calamidades de las repúblicas, alteraciones de las monarquías, mudanzas de los reinos son, para él, consecuencia del pecado. El pecado engendra, donde quiera, nada más que dolor y sufrimiento: habéis de convertirlos, pecadores, o llueve sobre mojado. Guillermo II fue un gran pecador, y por eso Dios le abandonó. "Hemos perdido la guerra"—le dijo al contraalmirante Levetzow, al abdicar el mando imperial—; "había esperado de Dios otros acontecimientos". Dios le abandonó, y el imperio se deshizo. El altanero Kaiser de antes de la Guerra, no es, en el solitario castillo de Doorn, sino un monumento vivo de la soberbia abatida y humillada. El reinado de los Hohenzollern llegó a su término. Y el último de los Hapsburgos? Y todos los demás monarcas que, unos tras otros, se vinieron al suelo? Según Chateaubriand, ese desgraciado de Luis XVI purgó las faltas de sus antecesores. Temblad, tiranos, porque no estáis seguros de vuestra impunidad hasta la séptima generación, de atenernos a aquella doctrina. ¿Qué faltas expió Nicolás II? Sobre el acervo de iniquidades de sus antepasados, se amontonaron las suyas propias, y la medida de ellas se colmó, derramándose trágicamente en los sótanos de Ipatieff, en Ekaterinembour. De los Romanoff no queda sino el recuerdo. Haces bien, oh tú, Christopher, príncipe más que por la sangre por tu clara inteligencia y la diafanidad de tus sentimientos, en no aceptar las coronas de cualquiera clase que te ofrezcan. Mientras más grande y más pesada, menos probabilidades tienes de que se mantenga sobre tu cabeza. Un diario milanés nos refirió que un grupo de monarquistas polacos se acercó a dicho príncipe con la proposición de que aceptara la corona de Polonia. Este lo tomó a broma. "¿Eh?"—les espetó entre pecho y espalda—"¿Qué estáis dicen-

COMO DECIAMOS AYER

do! Vamos, suponed que mi cabeza es calva. ¿Os imagináis que podría sostenerse en ella una corona? Dadlo por averiguado que se resbalaría y caería". La predicción de la Beata Mariana de Jesús se cumplirá algún día. Yo lo creo firmemente. Quito, Luz de América, se acabará por la perversidad de los gobiernos, de los cuales son la causa nuestros enormes pecados. Se acabará, sí, pálida y mística Azucena, venerable y venerada flor de estos profanos jardines trasplantada a los jardines celestiales; se acabará.... ¡ay!.... porque los sarracenos componemos el mayor número y no nos hemos de dejar que nos muelan a palos toda la vida,

Que Dios ayude a los malos
Cuando son más que los buenos.

Más todavía, si en el desastre final han de perecer Sansón y todos los que no son. Como quien dice, terremoto! Conque, esotro malvado que ha perseguido a sol y sombra a los amigos de la libertad, que los ha martirizado con los tormentos más crucles y rebuscados, que los ha matado como un inquisidor con muertes espantables, viene a ser, después de todo, un santo varón digno de los altares. ¡Oh mezquindad del servilismo! ¡Oh negra sabiduría lanzvallelista!

¡El bien a palos! Cuando pasaba todavía como verdad consagrada la monserga del derecho divino de gobernar a los pueblos, que se atribuían algunas castas o dinastías de hombres venidos al mundo con este encargo, no había sino que agachar la cabeza, quienes quiera que ellos fuesen. Hoy, felizmente, andan de capa caída. Pierden cada día terreno. Nadie cree ya en la despampanante trapisonda. En cambio, han brotado como en un suelo de barbecho los providenciales, gobernantes que se les parecen a los primeros, salvo la denominación. Estos, como aquéllos, han recibido ese encargo de arriba. Para bien o para mal del rebaño goberna-

COMO DECIAMOS AYER

ble, cosa sería de averiguarse. Entre los primeros los ha habido indistintamente. Tocante a los segundos, de atenernos a lo que nos dicen, todo ha sido una bendición. Han nacido para labrar nuestra felicidad; no más que para afanarse y sacrificarse por nuestra dicha. Y brutos de nosotros, no les entendemos, no les escuchamos, no les seguimos. No cedemos a la persuasión sino cuando con un palo nos muestran el verdadero camino. Me parece que le oigo a un filósofo alemán, un Solger o un Schlegel, hablarnos, engarabitado en la más alta tribuna, acerca de la ironía como principio universal. De la ironía divina de la Naturaleza, la cual ironía trasciende, inclusive, al derecho de apalearnos para gloria nuestra. Has de saber tú, Pedro, Juan o Diego, o Perico de los Palotes, si así te llamas, que tras lo risible y hasta absurdo, está lo serio. Lo serio, indudablemente, que consiste en que te portes lo más seriamente posible, sin chistar, ni moverte, ni dar señales de que vives. O, en otro aspecto, profundizando el pensamiento filosófico, en que se entretengan a tu costa, haciéndote tragar la píldora de que eres el ser más afortunado cuando te rompen la crisma. Los susodichos providenciales según los mentados filósofos, podrían exclamar con el personaje de "El Malvado" de Grasset: "los tontos están aquí abajo para nuestra diversión...". Pero, no es allá a donde hay que ir a parar. El hito de esa seriedad no lo has de encontrar en la superficie de una mal aconsejada dialéctica, sino en el fondo de los provechos que al cabo obtienes. Es risible que el lobo quiera pasar por inofensivo cordero; es absurdo que lo negro se convierta en blanco; mas, hé ahí que, en fin de fines, te sientes a tus anchuras, como el mas venturoso de los mortales. Es la cuestión.

Yo no podré convenir, en jamás de los jamases, con que el bien haya de imponerse a viva fuerza. El bien a palos es un anacronismo histórico. Ha pasado de

COMO DECIAMOS AYER

moda. Desde que los pueblos se dan cuenta de su poder, a ellos sólo les corresponde arbitrarse los medios más apropiados para conseguirlo. ¿Y hace falta por ventura la fuerza para lograr ese codiciado bien? No nos fijemos, por ahora, en la Europa con sus pueblos democráticos más adelantados. En la América del Sur, para no hablar sino de cosas nuestras, tenemos a la Argentina actual que nada habrá de envidiar a la Argentina de los tiempos de la tiranía; y tenemos, sobre todo, ese cofre hermoso de las libertades que se llama el Uruguay, país libre entre los libres, cuyo perfume de cívica virtud inebria el mundo. La Patria de José Batlle y Ordóñez envidiará, acaso, a la que fue de Oribe y otros tiranos menores? ¡Qué progreso tan pasmoso en uno y otro pueblo! Más todavía en el segundo que en el primero, si hemos de cargar la consideración en la exigüidad de los recursos de aquél, comparados con los inmensos recursos de éste. Si hay un pueblo que pudiera servirnos de ejemplo, es el pueblo uruguayo. Es, sin disputa, el más avanzado de este lado del Nuevo Continente, por sus instituciones de la más alta y pura democracia. Pueblo que llama la atención en la misma Europa, y es admirado por cuantos siguen de cerca el movimiento democrático del mundo. “Los uruguayos, más comunmente designados con el nombre de orientales”—dice Georges Lafond, en su obra “La América del Sur”, que forma parte de la colección que con el título de “Los Países Modernos” se publica en París—, “podrían ser clasificados como los europeos de América. El primero entre todas las Repúblicas iberoamericanas, el Uruguay ha sacado de las enseñanzas europeas el sentido de la organización económica, del orden financiero, de la prudencia política”. Y, en otro lugar, se expresa así: “Es el más pequeño Estado de la América del Sur, el más pequeño geográficamente hablando. Económica y políticamente es uno de lo más grandes, uno de aquéllos cuya reputación de rique-

COMO DECIAMOS AYER

za y de prudencia administrativa es más antigua y más justificada". De estos testimonios podría reproducir ciento, a cual más elogioso. Su prestigio es inmenso. Es un país al cual se le tiene en cuenta en el concierto internacional, sin acudir a reclamos postizos. Vale lo que pesa, y pesa como oro de legítimos quilates. Los que andáis a caza de argumentos para incensar a la tiranía, ahí tenéis la respuesta más elocuente de lo que significa la libertad para el adelanto de los pueblos. En veinticinco años de vida libre y democrática, el Uruguay ha llegado a su apogeo. Su progreso moral, intelectual y material es efectivo. Progreso en todo sus manifestaciones, real y verdadero.

Toda esa armazón que sirve de sostén a la tiranía es vieja y gastada, como vieja y gastada es la misma tiranía en su modo de manejar a los pueblos. Filósofos y teorizantes de la fuerza han dicho ya todo lo que, en elogio de ella, repiten hoy sus defensores y partidarios. Sería vano intento querer hallar alguna novedad; algo que cambie o modifique, sustancialmente, antiguos conceptos. Tiempos ha que la materia está agotada; que nada nuevo da ya de sí. El poder, en su forma absoluta, es la fuerza pura y simple. La fuerza bruta que se guía por el instinto y no por la razón; que atiende a su interés egoísta y no al interés de la colectividad. Ese poder atropella por todo; no hay para él barreras ni dificultades. Es el poder de lucha y opresión de unos pueblos sobre otros pueblos, de unos hombres sobre los demás hombres. Poder de conquista en nombre de una mentida civilización; poder de dominio en nombre de un mentido progreso. Poder de usurpación, de despojo, de explotación. Nada más hipócrita ni más falso, que ese afán civilizador de los pueblos poderosos para con los pueblos débiles. Ese afán es imperialismo detentador y absorbente. Lo mismo diremos de gobiernos y de gobernantes despóticos. El empeño de progreso de que tanto alardean, no es, las más de las veces, sino men-

COMO DECIAMOS AYER

tira engaño, ficción. Tras de él se oculta el verdadero empeño de mandar, por el gusto de mandar, o por obtener del mando las mayores ventajas. Toda noción de derecho desaparece, puesto que impere la fuerza. Fuerza y derecho son dos polos que se repelen y se anulan entre sí. La fuerza es hecho; el derecho es voluntad deliberada. Es libertad de obrar conforme al concepto que cada pueblo se forma de lo que le conviene para su mejoramiento y bienestar.

Reparad, también, en que no todo lo que brilla es oro. Quiero insinuar que no todo progreso se traduce por felicidad común. Ese progreso que permite a unos pocos atesorar avaramente, que levanta suntuosos palacios y sostiene lujos y comodidades que pasan de la raya, para regalo de unos pocos, es un sarcasmo irritante, y se diría que hasta un insolente desaffo, ante la miseria general. Víctor Hugo nos cuenta cómo en una fiesta realizada en el bosque de Vincennes, con motivo de una boda principesca, una muchedumbre apiñada a lo largo del trayecto, desde las Tullerías hasta la barrera del Trono, escupía su odio en forma de terribles maldiciones y sombrías amenazas, contra los coches de los invitados, gente del más alto rango todos ellos. Y fueron a más aún. Les arrojaron pedruzcos, lodo y saliva pura. Tales fiestas, por su esplendor y fastuosidad, de una fantasía oriental en que se derrochó el dinero por millones, hirieron en lo vivo el sentimiento del pueblo, el cual sin duda no se hallaba contento con su situación. Teófilo Gautier, que presencié asimismo el hecho, se puso recogido y taciturno, como si viera en ello un presagio siniestro. No anduvo equivocado; pues aquel presagio se hizo ostensible a la vuelta de ocho meses incompletos. ¿Qué señales son éstas que se advierten en algunos edificios de París, maravillosos por su arte y su riqueza? Príncipes de la sangre y endomingada realeza, ha sonado de nuevo vuestra hora. Después del Noventa y Tres, debía venir el

COMO DECÍAMOS AYER

Cuarenta y Ocho necesariamente. La comida de Guizot le sirvió de cena a Ledru Rollin. O sea la República triunfó segunda vez de la Monarquía. Ya vendrá el Setenta, y, por lo menos, el final de todo privilegio. Un pueblo hambriento, desnudo, necesitado, corroído por la miseria; ¿se llamará por ventura feliz? Un pueblo desangrado, agotado, consumido, que yace casi sin vida bajo el peso de inícuca explotación; ¿se tendrá por indudablemente feliz? El buen Enrique IV pensaba que el mundo sería feliz, cuando el pobre, que por lo regular se come los codos del hambre, lograra "echar su gallina en el puchero". Bueno era, en verdad, el buen Enrique; con razón querido y amado de su pueblo. Porque mirad que al Rey de la Creación, como se dijo del hombre y se dice todavía, no le es permitido disponer de nada de ella, según parece que sucedió al principio; pues, se han levantado otros reyes sobre él, falsificando la obra del Dios del Paraíso. Ahora—y de esto hace mucho tiempo—, antes que desplumar su gallina para el puchero, lo despluman. Bueno era, no cabe duda, el popular Rey bearnés; el más francés, también, entre los reyes de Francia. Pues, ¿no estaba acostumbrado el pueblo a oír que se le llamara no más que la canalla, como para darle a comprender que no nació sino para trabajar y morirse de miseria y consunción, mientras los grandes del Privilegio se aprovechaban de ese trabajo para sus soberbias, sus gulas, sus concupiscencias? Humano y compasivo Rey: séanle gratos su nombre y su recuerdo a la posteridad sufrida y desvalida!

Un pueblo sólo es feliz, puesto que constituya una sociedad bien organizada; y se considera como tal sociedad, únicamente aquélla en que todos y cada uno de sus miembros disfrutan de la suma de comodidades indispensables para su bienestar. Roma fue feliz, mientras vivió una vida sencilla, modesta, en que cada cual gozaba de los bienes necesarios para su cómodo sus-

COMO DECIAMOS AYER

tento. Fue grande y feliz. Las riquezas, el lujo, la fastuosidad la corrompieron y la perdieron. Cuando en una nación existen los límites extremos de la riqueza y la pobreza, la opulencia y la miseria, la explotación es evidente; y la unidad nacional, que no ha de entenderse meramente geográfica, sino una vinculación más firme de intereses y afectos, sufre laxitudes y debilitamientos entre explotadores y explotados. Dividida, disgregada, sin nexos que mantengan la armonía y cohesión de sus componentes, se pone esa nación en peligro de desaparecer. Los gobiernos de viejo corte tradicional no advierten la obligación en que están de ejercer, pronta y eficazmente, una acción precanteladora de la sociedad. Esa acción, que se hace día por día más urgente e inaplazable, significa ayuda, protección, amparo para llenar los fines de la comunidad social; previsión y seguridad para que el orden social no se altere. Y hay una cosa digna de notarse, y es que por este camino habrán de entrar de grado o por fuerza, porque se han abierto los ojos que antes permanecían cerrados y se han distendido los músculos que se hallaban entumecidos. El mundo de hoy no es el mismo de ayer; ni la humanidad de nuestros tiempos el mismo rebaño de tiempos pasados, al cual se podía esquivar tranquilamente. Lo que gruñía, con gruñidos de bestia hambreada ese rabioso Amigo del Pueblo, desde su antro de mugrosa miseria: "¿Quién puede decir que tiene derecho a cenar, cuando no tenéis pan para vuestro desayuno?" En lo cual no le faltaba, ciertamente, justicia, ¡Oh, edad y siglos dorados, en que no se conocía el sentido de las palabras tuyo y mío, no habéis de volver jamás, si es que algún día fuisteis una realidad dichosa? No espereemos lo que nunca ha sucedido, ni acaso sucederá nunca. Pero, fijaos, por Dios, en que a todos nos asiste el derecho a la vida, y en que la indigencia de la mayor parte de los hombres no es fruto de los vicios o de la ociosidad, como obser-

COMO DECIAMOS AYER

vaba también, con mucha razón, aquel terrible Amigo. El mundo es una colmena en que todos hemos de trabajar necesariamente; mas, si ese trabajo escasea o no se lo halla en absoluto, y si ni trabajando es posible vivir como se quisiera y se debiera, porque de él se aprovechan otros, ¿qué hacer, entonces?

Un mar inmenso se hincha, se encrespa, se agita, se retuerce. Está colérico, y su cólera va estallar en formidable tormenta. Abrense, aquí, hondas abras que amenazan tragarse el anchuroso cielo; levántanse, allá, gigantescas moles que amenazan con sepultar en su seno la gruesa mole de la tierra. Sus irritados visajes dejan sin expresión al relámpago que fulgura en el rostro ceniciento de las nubes; su mugido ensordece al trueno que rompe y resquebraja las tapas del retumbante firmamento. Es un mar viviente, un inmenso mar humano. Es la tormenta que irrumpe estruendosamente del profundo caos del dolor y la miseria. No hay trabajo, no hay bienestar. El trabajo es pan, es vida, es bienestar: ¡dadnos trabajo! Trabajo, sí, pero no sólo para vuestra ostentación y regalo, sino también para nuestras más premiosas necesidades; no sólo para vuestro exclusivo provecho, sino también para provecho nuestro. ¡Hasta cuándo miraréis con inhumana crueldad nuestro sufrimiento! Y el oleaje de las apiñadas cabezas humanas se alza más aterrador cada vez, y su ronco alarido llega hasta el infinito espacio. Imaginaos un mar de éstos, si es que por suerte no lo habéis visto hasta ahora. Contemplad, con los ojos de vuestra imaginación, cómo se mueve ese enjambre de rostros horriblemente demacrados y descompuestos, esa masa confusa de mugre y harapos. Oid sus aullidos de dolor, sus rugidos de desesperación, sus bufidos de amenaza. Una de las óperas de Gluck, de más honda inspiración y más intensa emotividad, fue arrancada, según se cuenta, del profundo lamento del pueblo vienés que pedía pan, a grito herido, ante el palacio del Emperador. No hay, de

COMO DECIAMOS AYER

cierto, animal más sufrido que el hijo del pueblo; pero, si le acosáis, si le pincháis, si le herís con vuestras diarias y constantes injusticias, se convierte en horrible furia, salida del Averno. Porque está probado, también, que el dolor, y la desesperación producen crisis de iracundia violenta.

Parad mientes, entre tanto, considerad en el silencio del trabajo y el bienestar. Silencio como de oración el uno, que nos transporta en mudo arrebatado a mundos de placidez dichosa; silencio gozoso, satisfecho el otro, que con su mudo lenguaje inarticulado habla el más sonoro y expresivo de los lenguajes, en alabanza a la obra creadora del bien. Silencio de hormigas que trabajan afanosa y tranquilamente para el día de hoy y para el día de mañana, por su propia vida y por la vida de su especie; igual, si os fijáis, al de las diligentes abejas. ¡Cuántas cosas no podemos aprender de estos diminutos ciudadanos de unas republiquititas diminutas! Sabios naturalistas, y hasta simples observadores, inteligentes y sagaces, han querido deducir principios y enseñanzas, para la humana sociedad, de estas sociedades de insectos. Sólo que ¡ay! la razón nos pierde. Porque seríamos los hombres tan buenos como ellos, si nos impulsara el instinto y no la razón; si obraríamos con "espíritu de colmena", no con espíritu de individualidad reflexiva. Desde que razonamos, el individuo se sobrepone a la colectividad, el bien individual al bien colectivo. Maeterlink nos cuenta, en un libro curioso y atrayente, la organización maravillosa de los termites, superior, en concepto de aquél, a la de las hormigas, de las abejas y del hombre mismo. El hombre está demás aquí, ya que le falta precisamente lo que ha menester para tal fin, esa potencia o fuerza oculta de las especies meramente instintivas, que les obliga a mantenerse férreamente, unidas; ni está, por lo mismo, dispuesto a sacrificarse, en sacrificio abnegado, heroico, por sus semejantes. Las

COMO DECIAMOS AYER

Termópilas fueron un juego de niños, según el autor citado, ante las horripilantes hazañas que esos arrojados mineros llevan a cabo con sus minúsculos cuerpecitos, sin esperanza alguna de salvación. Hay un detalle sustancial que lo explica todo: los habitantes del nido de termes son ciegos. Ciegos, como una máquina de estupidez que se mueve ciegamente; lo mismo que debieran ser los hombres, ciegos de razón, para que la máquina social ande por sus pasos contados. He ahí el toque de la dificultad. Porque tienen éstos que compaginar lo que se deben a sí mismos, a sus deseos y aspiraciones egoístas, con lo que deben a la comunidad en que viven como miembros de ella; y este resultado han de obtener libre y razonadamente, con deliberada voluntad. Ya, en años témporas, se anotó que la reflexión era un atentado contra la Naturaleza, y que el hombre que meditaba se convertía en un animal depravado. Tenemos, pues, que renunciar a la razón, si deseamos vivir en plena paz y armonía; o continuar viviendo como hasta aquí, puesta esa noble facultad al servicio de nuestro canibalismo insaciable. Porque, además, es evidente nuestro canibalismo, lo cual depone contra la mansedumbre de nuestros instintos y nuestra sociabilidad. Pero, ¿no se anunció, hace mucho tiempo, que la "reflexión sabia" transformaría nuestro mundo instintivo en un mundo de justicia razonable? Esperemos que sí. Hay motivos para esperar fundadamente.

Alarmante inquietud se advierte por todas partes, y se oyen gritos y clamores de angustia. El pueblo de los cuatro puntos cardinales está cansado de su larga opresión; quiere respirar aire sano y saludable. Desea vivir racionalmente, no como una fiera perseguida y acorralada por el cazador; o, arrinconado y acongojado siempre, como una liebre inocente. ¿Y no se ha de atender algún día la voz del desgraciado? Dudo que no suceda así. Aun la duda está demás, si hemos de atenernos a las

COMO DECIAMOS AYER

comprobaciones de una reiterada experiencia. Imbéciles!—, mormojeaba uno que gustaba de mirar a fondo las cosas. ¿Hombres de bronce, de piedra o de qué?, —, diré yo más suavemente. Están viendo y palpando el terrible desmoronamiento de la injusticia social en todo el mundo; y han de aguardar que los muelan y pulvericen como un grano de mostaza? Pues bien, a los gobiernos les incumbe precaver el desastre. Leyes de acción social, y el mundo se ha salvado. Acción social que comprenda a todos generalmente; a los grandes y a los pequeños, a los afortunados y a los sin fortuna. A los unos, para que se conserven dentro de justos límites, y aun prosperen sin menoscabo del bien ajeno; a los otros, para que vivan como todo ser racional debe vivir, sintiendo cumplidos sus anhelos de orden espiritual y material. La paz, de este modo, no es problemática. Nace del equilibrio social, que en ningún caso dimana de la fuerza torpe y disociadora, sino de la armonía y regularidad entre todos los miembros del conjunto. No simpatizo con el bolcheviquismo, y detesto abiertamente al fascismo. Ambos matices, de color subido y chillón, me repugnan. El terror no engendra sino terror. Terror de los opresores de hoy con los oprimidos, y terror de éstos, mañana, puesto que les llege el turno. Terror negro o rojo, ¿qué más da? «Hay en Rusia libertad de asociación para los no bolcheviques? No la hay. Hay libertad de prensa para los no bolcheviques? No la hay. ¿Hay libertad de reunión, libertad de voto? No las hay. Vosotros que aprobáis el régimen ruso, no tenéis derecho a protestar contra un régimen como el mío, que ni siquiera de lejos puede ser comparado al régimen bolchevique.» Con estas palabras lapidarias les apostrofa Mussolini a los leninistas del comunismo ruso. Y, claro, los deja sin respiración. Mussolini es un tirano atroz; la libertad no existe ni en el léxico. Se ha borrado por completo ese vocablo. Pero, por lo menos, en Italia no están las ma-

COMO DECIAMOS AYER

tanzas a la orden del día. Y en materia de inquisición, de tormentos inquisitoriales, la Checa rusa no tiene rival. Un Dzerjinski, un Peters le ponen a cualquiera los pelos de punta. El príncipe Youssoupoff, matador de Rasputin, que extraña y suspira porque el heredero de Alejandro III no continuara las prácticas de éste, que fueron las de sus terribles antecesores, se extremece de espanto ante la barbarie de aquellos dos agentes de la tiranía soviética. ¡Pobre país ése en que no se sabía ni ahorcar bien! Así refieren que exclamó uno a quien se le reventó la cuerda en momentos de ser colgado. Esto sucedió en tiempos del primero de dichos antecesores; hoy, ello se hace a la perfección.

Es dable convenir aún en que los métodos de la tiranía sean imprescindibles en determinadas circunstancias, para implantar una reforma revolucionaria que se topa con extremas resistencias. Mas, esto no quiere decir que se ha de constituir el terror en sistema de gobierno, que el menor aliento de oposición ha de ser sofocado sin misericordia, que todo conato de reacción ha de hundirse en un mar de sangre. ¿Qué razón, de índole moral o de interés público, puede alegarse en Méjico, por ejemplo, para asesinar por centenares a inermes prisioneros de guerra? El triunfo de las armas no otorga el derecho de quitar la vida a los vencidos. ¿Hemos retrocedido, tal vez, a los tiempos de negra barbarie? Ya han triunfado, ya están de dueños del campo. La situación del Gobierno es firme. ¿Por qué, entonces, ese ensañamiento con los caídos? ¿No son, también, nuestros hermanos, nuestros iguales? Madero prefirió morir y no matar. He ahí porque, políticamente, es un santo, como hace poco le llamé. Cuando le propusieron el fusilamiento del General Félix Díaz, contestó sin titubeos: "Si para que la República se salve es preciso cometer un asesinato, yo prefiero hundirme junto con la República antes que manchar mi alma con un asesinato". Nada más aborrecible que la intransigencia que apela al terror

COMO DECIAMOS AYER

para imponer sus normas. Todo se puede alcanzar mediante la libertad. Libertad es deidad bienhechora que reparte pródigamente la felicidad a los pueblos que a ella se acogen.

Y recapitulando, ¿ha sido lucha de clases y de intereses de clases la que ha mantenido y mantiene aún en mortal tensión nerviosa al pueblo mejicano, y al mundo todo que ha seguido con intensa emoción sus ansiedades? Me figuro que no. En los de arriba, esa lucha es de ambiciones, de bajas y concupiscentes ambiciones. Lucha de personas y de intereses personales, no de ideas y de principios revolucionarios. Sofisticación, adulteración más bien de esos principios. Falsificación, vergonzosa estafa. Deseo nada más que de sostenerse indefinidamente en el Poder. Afán de mandar, por los provechos del mando únicamente. Asesinado Madero, la cadena de sangre y de barbarie ha venido forjándose, de eslabón en eslabón, en la fragua de las pasiones desatentadas. Y unos en pos de otros, matando o pereciendo a su vez, los forjadores han recorrido el mismo camino de la criminalidad, como protagonistas de un drama salvaje. La causa, real o aparente, ha sido la Revolución. En nombre de la pureza del credo revolucionario, han ido éstos al sacrificio; a pretexto de sospechadas tendencias reaccionarias, han realizado aquéllos espantosa carnicería. A vista de pájaro, la cosa parecé igual, dado que el fin es uno solo: salvar a la Revolución. No hay tales carneros, sin embargo. El sedimento, la impureza se encuentran en el fondo de deslealtades y de inconsecuencias doctrinarias; pues, las palabras no han guardado armonía con los hechos, que diría el propio Vasconcelos. La dictadura de los apoderados del Gobierno, la brutal imposición para no dejarlo: he ahí el verdadero motivo. Lo demás lo sabemos de coro. Carranza cayó primero. Obregón más tarde; precedidos, los dos, por sangrientas y aterradoras hecatombes. ¿Cómo negar, después de todo, que entrambos fueron

COMO DECIAMOS AYER

valiosos elementos revolucionarios, mientras obraron desinteresadamente, y que la Revolución les debe en gran parte su triunfo y estabilidad? Es una desgracia que anota con frecuencia la historia de los pueblos en general, que las intenciones más puras y los propósitos más sanos de los hombres se marchitan y mueren, como flor de un día, cuando éstos llegan al Poder. El calor de las ambiciones desaforadas acaba con todo noble sentimiento, si es que una sólida virtud, sostenida por una incontrastable fortaleza de alma, no le sirve de fundamento. Hoy mismo, se registran ya hechos abominables con ocasión de las elecciones presidenciales que se aproximan. Uno de los más virtuosos candidatos a la Presidencia, el citado Vasconcelos, viene siendo víctima de emboscadas, de asechanzas, y ha corrido ya la primera sangre en una manifestación popular a favor de aquél. Todo porque predica sinceridad, pureza en las palabras y las obras, y los de arriba no se resignan a ceder el puesto. ¡No! Tiranías, ni negras, ni rojas, ni de ningún color. ¡Y menos manchadas, emporcadas, como un sucio pendón de piratería!

Dije, al principio, que no sólo la sangre infunde terror. Tanto como derramarla en macabros festines de caníbales, y más aún, porque la muerte, para el que la recibe, es al cabo tranquilo descanso, vale para los fines de la tiranía la tortura despiadada, inhumana, que no se da punto de reposo en la obra de anonadamiento de aquellos que no nacieron para la servidumbre, ni se acomodan con ella por el mismo caso. Andar a salto de mata como un animal de presa; sentirse perseguido noche y día como un malhechor; sepultarse como un muerto en la fría sepultura de una cárcel; alejarse del querido solar en que se vive, para mendigar un albergue en extraño solar; mudarse de una

COMO DECIAMOS AYER

tierra a otra tierra, de un clima a otro clima; para agostarse como una planta falta del indispensable sustento: esto, decidme, ¿no se llama terror? Terror son, señores míos, aunque no lo digáis, persecuciones, calabozos, confinamientos, destierros, deportaciones. Terror, la ausencia del hogar, el abandono de la familia, el menoscabo del patrimonio privado, la ruina de todo bienestar. Terror, hambres, desnudeces, miserias para los que carecen de fortuna; porque el pan escasea donde no hay libertad ni medios de trabajo, porque el hombre no se viste como los lirios del campo, porque la miseria es amargo fruto del desamparo. Terror, en fin, el tormento del alma, más doloroso todavía que el tormento corporal, pues que destruye y mata lentamente. Y ese terror lo hemos tenido, sin ninguna duda, por mucho que interés y abyección, o sea infamia y vileza, les haga ver a algunos otra cosa. No voy, desde luego, a establecer comparaciones. No pretendo encontrar analogías y similitudes entre las dictaduras de que he hablado anteriormente y ésta en que me ocupo. La que nos ha tocado en lote de desdichas e infortunios, no ha llegado por ventura a tanto. Hay entre las unas y la otra la misma distancia que del infierno al cielo, o, a lo más, al purgatorio. Sin duda por eso se ha llamado..., "depuradora". Pero, ello no quita que no hayamos sufrido sus desmanes, aunque en menor medida, y esto porque nuestro aguante no ha ofrecido materia para más fieros arrestos.

Interés y abyección tienen un negro poder sobre la razón y los sentidos de quienes se hallan afectados por esas dolencias vergonzosas. No ven éstos, ni oyen, ni entienden sino lo que para su estado les conviene. Niegan lo que está a la mirada de todos; ponen oídos de mercader a los clamores de la opinión pública; se cierran al entendimiento de las cosas más triviales. De peores les califica la Escritura a estos ciegos y sordos y tontos voluntarios. Pues bien, la Dictadura que

COMO DECIAMOS AYER

padeciéramos durante tres largos años, apenas ha merecido este nombre para dichos interesables y abyectos, ya que no se ha dejado sentir como no sea en aquellas cuestiones que se refieren al bien común. Nos hemos dado cuenta de ella, en una palabra, por los bienes que de ella hemos recibido. Ha sido una Dictadura "paternal". Lo han dicho, lo dicen y lo machacan, con un remoquete de volvernos locos. Y aun son capaces de sostenerlo a pie o a caballo, en paz o en guerra, como Don Quijote; aunque encaja mejor decir que en asno y con las alforjas repletas, como Sancho. Se ha traído a cuento, a cada triquete, nuestra dignidad, nuestra altivez, nuestra rebeldía, como rasgos esenciales de nuestro carácter. Nos hemos llamado a boca llena, en cada solemnidad, descendientes del pueblo del Diez de Agosto, del Nueve de Octubre y de tantas otras fechas memorables, como para insinuar que circula por nuestras venas sangre de próceres. ¿Somos, en realidad, así? ¿Lo hemos sido por ventura alguna vez? Tanto mejor para nosotros si por lo menos lo último resultara verdadero, en el concepto del historiador imparcial. Don Juan Montalvo se quejaba amargamente del aislamiento, de la soledad, del abandono en que le dejaban en sus luchas continuas y denodadas. Era un hombre solo, entregado a su propia suerte. Un hombre que se batía desesperadamente, falto de toda ayuda, de todo estímulo. Sin embargo, ¡qué diferencia tan grande de entonces para acá! Hubo en aquel tiempo una juventud valerosa, resuelta a los mayores riesgos y percances; y también una pléyade de varones esforzados que no vacilaban ante las empresas más grandes. Y, ante todo y sobre todo, hubo ideales, y amor y decisión por ellos. Y espíritu, por fin y postre, de desprendimiento, de abnegación, de sacrificio. Dónde encontrar ahora un Miguel Valverde, por ejemplo; héroe éste de la entereza republicana a quien, en justicia, debiera levantársele cuando menos un sen-

COMO DECIAMOS AYER . . .

cillo sarcófago que simbolice su patriotismo y su virtud. Dónde un Eloy Alfaro, que renunciara tranquilidad, fortuna, bienestar, y viviera, la mayor parte de su vida, luchando heroicamente por la libertad. Y cuántos más en esa misma época, y aún en épocas anteriores. ¿Serían capaces los jóvenes de hoy de aventurarse en las nobles empresas de "El Quiteño Libre", con un Pedro Moncayo a la cabeza? Hemos presenciado el acurrucamiento de nuestros prohombres ante las muecas pantomímicas de pobres gentes de chafarote, y un Rocafuerte apostrofaba con los términos más duros a los soldados de Flores, soldados de la Independencia, entre los que había tan valientes y tan temibles como ese negro Otamendi. ¡Y cómo no recordar de un Gabriel García Moreno! Ciertó que, a fuer de amantes de las instituciones libres, lo situamos en campamento aparte; pero, ¡qué hombre, vive Dios! ¡Cómo negar ni amenguarlo que él fue! Va ya desapareciendo hasta la sombra de todos ellos; empiezan aparecernos personajes de fábula. El pueblo mismo probó, en más de una ocasión, que no toleraba tiranías, dando al traste con ellas en primera instancia. La verdad es que nunca ha pasado lo que esta vez. Como que habiéramos ido a menos, de generación en generación, hasta caer en el más triste envilecimiento.

"Vivo sorprendido"—decía ayer, en uno de mis escritos—de que la Dictadura actual, sin ideales políticos, sin normas definidas de acción, sin hombres ni nombres que algo representen, ruinoso en todo sentido para el país, haya podido sostenerse tanto tiempo. Es una mancha que nos cubre de baldón a los ecuatorianos. Le echamos abajo a Flores, bizarro teniente de Bolívar, aureolado por la fama de sus hazañas; nos enfrentamos con García Moreno, tirano formidable que tenía el prestigio de su nombre y sus grandes arrestos; le tiramos patas arriba a Veintimilla, fachendoso jayán y jefe mimado de sus soldados; nos en-

COMO DECIAMOS AYER . . .

cabritamos con Alfaro, y brincamos, y le arrojamos al suelo, sin hacer ningún caso de sus antecedentes y su pujanza, cuando se volvió aplastante su dominio; y siempre que alguno se alzó con el Poder y trató de eternizarse en él, lanzándose por el atajo de abusos y atropellos, allí estuvimos de pie resueltos a contener sus desmanes. Sólo hoy nos hemos amilanado hasta la abyección y, callados y resignados, hemos agachado humildemente la cerviz como unos viles esclavos". Hace cosa de tres años que consigné estos conceptos entre otros muchos por el estilo, todos los cuales me valieron una tremenda persecución que me aventó al destierro. La Dictadura siguió, por supuesto, más firme; y sus prolongaciones las hemos visto y las veremos aún. ¿Culpa de quién este vergonzoso apachurramiento del espíritu público? El pueblo no la tiene. Yo vuelvo por él, lo defiendo a todo trance. ¿Que ha de hacer el pueblo, por más que esté harto de dolores y sufrimientos, y en un tris de reventar, si no hay quienes lo alienten y menos la guien? Casi tres años transcurridos, y lo único que he sacado en limpio es que hasta los enemigos de ayer, de la Dictadura, se han tornado en amigos con la mayor desvergüenza. Ganas me han dado de lamentar, como un Jeremías, sobre los escombros de esta pobre Jerusalén arruinada. Ayer enemigos a rabiar, hoy amigos de uña y carne; ¿qué ha sucedido? Pues nada, que les han acomodado en el casillero, o les han untado manteca en las manos. ¡Pobre país!

Don Miguel de Unamuno en sus glosas a la vida de Don Quijote y Sancho, habla del "nefasto poder de las tripas", refiriéndose a éste. Sí, nefasto poder, señor don Miguel! "oscurece la memoria, enturbia la fe, atándonos al momento pasajero". Y acontece algo peor: ese cambio o trastrueque del orden natural de las cosas, que nos hace verlas de un modo enteramente contrario de lo que son. "Cuando

COMO DECIAMOS AYER

se come y se bebe, se es de la comida y de la bebida": tiene usted muchísima razón, señor don Miguel! Con todo lo discreto, lo gracioso, lo amable, lo atrayente que se pudiera hallar y se halla, en efecto, en la ruda corteza del rústico Panza, es éste el tipo cumplido, acabado, perfecto del trogloditismo; la raíz de cuya filosofía arranca de los más bajos y cochinos menesteres de la vida. Comer, beber, dormir es todo su afán; lo único que le preocupa. La vida no tiene para él otro significado. Altos y nobles pensamientos le han quitado a su amo el hambre y el sueño. A horcadas sobre su fiel Rocinante, o en duro e incómodo lecho que encuentra al acaso, se pasa las noches de claro en claro, rumiándolos en recogido silencio y lanzando, una que otra vez, hondos y entrecortados suspiros que se pierden en la soledad. Su ideal, el bello ideal de su vida de aventurero de la Justicia, no le permite el reposo. El, entre tanto, el troglodita criado, duerme siempre a pierna suelta. Vacías las alforjas que anda a traer juntos, llena la andorga con el contenido de ellas, duerme como un gorrino. De las las bravas y des comunales batallas que libra el esforzado caballero contra follones y malandrines, sólo le interesa al menguado escudero el codiciado botín. Vale decir el aprovechamiento mezquino; la satisfacción de sus groseros apetitos. Cosa que ocurre, también, con nuestros sanchos panzudos de por acá, quienes están a la husma de cualquiera oportunidad que ha de reportarles ventaja, o, como suele expresarse, al sol que nace. "Y al mismo Sancho le veremos ir cobrando poco a poco afición y amor a la gloria, y fe en ella"—, acota de Unamuno en sus citadas glosas. Al revés de nuestros sanchos consabidos, algunos de los cuales han perdido, por el indigno bocado, hasta las hilachas de buena reputación que les quedara todavía.

No ha habido, pues, tal Dictadura, o tiranía dictatorial, a juicio de estos hijos de la pitanza. ¿Querían,

COMO DECIAMOS AYER...

acaso, que se implantara entre nosotros el Santo Oficio, y que nos aplicaran, uno por uno, todos los tormentos imaginables? ¿Que nos pasaran, supongamos, por las pruebas del agua, del azote, de la polea, del caballete, del borceguí, de la cuña, de la magullación, de la trituración, dándonos el tormento por principiado y no acabado, según fórmula usada, o atándonos al potro hasta que espichemos de muerte natural, si no nos desollaban incontinenti, o no nos quemaban vivos? No se ha levantado aquí, como en otras partes, el cadalso político; no se ha derramado una gota de sangre por motivo chico ni grande, ¡y hay ingratos que se quejan de la Dictadura! Esa suavidad, esa lenidad, esa indulgencia se parece mucho a la de que alardeaba la Reina Isabel de Inglaterra cuando, cediendo a los nobles sentimientos de su corazón y por merced especialísima, otorgaba la gracia de que uno a quien se le había condenado a descuartizamiento fuese nada más que ahorcado. Los Plomos de Venecia, o las mazmorras de Spielberg, de que nos hace tan conmovedora relación Silvio Pillico, no habrían valido nada. Y nada el propio infierno de la Siberia. Cuenta Arcaya, en su "Historia del Estado de Falcón", que los indios caquetíes no reconocían otro rey o señor que aquél que más les daba de comer y de beber, sobre todo de beber. No conseguía mandarles, ni que le guardaran la debida sumisión, sino quien poseía mayor cantidad de sembríos de maíz y otros cereales, con los cuales les preparaban una bebida que era para ellos regalo de los dioses. Con los indios tocullos acontecía igualmente: el que aspiraba a ser "miuty", o jefe, estaba obligado a los mismos agasajos. Servilismo de indios bien comidos y bien bebidos: he ahí toda la bondad del Dictador o Presidente que nos ha mandado y debe seguir mandándonos para nuestra felicidad. No ha habido gobierno más manso, más sufrido y más tolerante que el suyo, para los que han sacado la tripa de mal año. Ni, por

COMO DECIA MOS AYER

contera, más benéfico y más provechoso. Ha sido este un caso único, excepcional.

Servilismo es la base primera sobre que se asienta la tiranía. Se ha dicho, con mucha verdad, que los tiranos no nacen sino que los hacen. El mayor mérito de éstos, si no todo absolutamente, como sucede con aquéllos a quienes la casualidad ha sacado del limbo en que vagaban oscuros e ignorados, está en la zalamería vil de sus aduladores. Los hinchan como ranas, los engríen como pavos reales. Los inflan con el aire caliente de la lisonja y, globos de insensatez presuntuosa, se salen de los límites de la razón y la justicia, para perderse en los dominios de la violencia y la arbitrariedad. No hay ser más bajo ni más repugnante que el hombre servil. El servil es de peor condición que el siervo, apunta un profundo conocedor de las lacras humanas. Se es siervo por necesidad; servil por torcida conformación moral, o por mala y viciosa costumbre. Puede disculparse al primero; el segundo siempre será un ente despreciable. No me chillo por la runfla de lacayos que conozco, servidores humildes de todos los gobiernos; pero, me escapo de vomitar las asaduras cuando me topo con un venal de esos que se acomodan, por miserable interés y corrupción, con cualquiera que les pasa la mano por la faltriquera y les soba la piel. El Gobierno, es un lupanar para los tales, y ellos las hembras donosas que van a vender sus favores. Servil es el que está dispuesto en todo tiempo a complacer a los poderosos en sus caprichos y deseos. Hoy a éste, mañana a aquél, el día siguiente al de más allá; al que se asome, en una palabra, revestido de poder, cualesquiera que sean su origen y sus condiciones. Cambia de postura, se amolda sin esfuerzo a todas las circunstancias; es dúctil, flexible, elástico, pegadizo, como goma o como cera. Acontece, alguna vez, que un cambio repentino de una situación política le sorprende en campo adver-

COMO DECIAMOS AYER

so; ello no importa. Rinde sus armas y pabellones sin el menor recato; o bien atisba, se pone en asecho de la oportunidad que ha de facilitarle lo que busca. Se insinúa con simuladora sonrisa, contemporiza, se ablanda. Muda finalmente de color o de cáscara, como un camaleón o como una culebra. Y lo general es que lo encontremos siempre a flote, por más que el mar se pique y zozobren todas las naves. El servil se afana, generalmente, por agradar a cada nuevo amo, a fin de merecer su gracia y sus favores. Procura adivinar sus pensamientos, dar con la clave de sus deseos, hallar la forma de complacerle en sus gustos y extravagancias. Se despepita en elogio de sus merecimientos; se hace lenguas en su alabanza. No concibe que pueda haber ninguna manifestación de independencia, y menos de altivez y de rebeldía. Quisiera que todos aprobaran sus actos, que se sometieran ciegamente a su capricho, que se dejaran manejar como un rebaño de dóciles ovejas; y cuando esto no sucede, se constituye en instrumento de la fuerza, en brazo ejecutor de la tiranía. Es el espía, el delator, el verdugo, el sicario; tranquilidad y vida de los ciudadanos están en sus manos. La desgracia de los pueblos proviene de este servilismo que se cierra a toda razón, y se guía únicamente por sus instintos ruines o depravados. La tiranía, sintiéndose segura con tan fuerte base, acaba por humillarles y envilecerles y reducirles a triste silencio de servidumbre.

Demetrio, en la antigüedad, nos ofrece un cuadro, el más patético, de lo que es capaz este servilismo impudente. No atinan los cortesanos atenienses de qué modo halagar mejor la vanidad del vencedor de Falereo. Declaran sagrado el lugar donde puso primeramente sus plantas, y le levantan allí un altar. Colocan su imagen en medio de las de los dioses, y la llevan en procesión por el Cerámico. Demetrio es su dios salvador; le rinden los mismos honores que a Ceres y a Baco. Se

COMO DECIAMOS AYER

premia.—¡oh impudicia!—con presentes de dinero a los que más se distinguen en estos profanos rendimientos. Su nombre figura en todo. De él toma su denominación el año. A uno de los meses, el Muniquión, se le llama Demetríon; y al último día de este mes, Demetridi. Se funda una tribu Demetride, y por fuerza ha de haber también una ciudad Demetrída. Las fiestas conocidas antes por Bacanales, han de apellidarse en adelante Demetrias. El Oráculo de Delfos deberá recibir sus inspiraciones de Demetrio; los viejos ritos han perdido su prestigio. Quien se mofaba de estas órdenes o mandatos de adulo y endiosamiento, diciendo que eran más calientes que el fuego, manifestaba estar en sus cabales. No hay memoria de que se cometieran, en tiempos pasados ni presentes, tales desatinos. Pues, ¿no se llegó a prescribir aún, que cuanto hiciera Demetrio fuera considerado como santo ante los dioses y justo ante los hombres? ¡No se diga más! Demetrio fue un bienhechor grande y magnífico, observa Plutarco; sus cortesanos le volvieron un tirano odioso e insoponible. Cuando se propuso libertar a Grecia, que gemía bajo el peso de larga y sofocante esclavitud, no le animó otra ambición que la gloria de redimir a un noble pueblo oprimido. Nunca se llevó a cabo una guerra más justa, ni por medios más honestos. Quince años ha que sus instituciones habían sido abolidas y que no se gobernaban según sus propias leyes; el valor y la generosidad de Demetrio lograron devolverle el tesoro de su libertad. Lo malo principia en este punto. Porque le envanecieron de tal suerte sus aduladores, soplaron éstos con tal ímpetu en el velamen de aquella flaca naturaleza, que, débil esquite en el turbulento mar de locas y desencadenadas pasiones, hubo de perderse irremisiblemente en escollos y abismos insalvables. Mortal, como pocos mortales, glorificado; rey no sólo por el vasallaje de la gratitud que rinde los corazones, sino real rey con la corona y el cetro de mando;

COMO DECIAMOS AYER . . .

crece en presunción y ensimismamiento hasta extremos inconcebibles e inauditos. No se contenta ya con ser huésped de los dioses; se considera de igual linaje que ellos, como si a un nuevo golpe de Vulcano hubiera nacido del mismo cerebro de Júpiter. Y en zancos de esta torpe soberbia, de este necio orgullo, infama con su insolente altanería, con el escándalo de sus vicios y su depravación, a los cielos y a la tierra. Sólo que ¡ay! no alcanza a lucir el manto simbólico con que deseaba ostentar al mundo su omnipotencia, pues, abandonado, repudiado de todos, cae antes en manos de sus enemigos y muere en afrentoso cautiverio.

Ahora no es Demetrio, claro está. Daría muestras de que no tiene sana la razón quien se propusiera encontrar paralelismos o similitudes en las vidas de los dos, como en las vidas plutarquianas. Menguada suerte la del héroe antiguo, si le bajáramos ahora a tan oscuro e imperceptible nivel. Pertenece aquél a la historia universal, a la historia de los grandes hombres y los grandes sucesos que han influido en la marcha y el desenvolvimiento del mundo; no así el Presidente casual e improvisado, en este juguete de República, el cual apenas conseguirá que nuestra historia pequeñita lo mencione, por no poder desentenderse del todo. Las generaciones que vengan después de nosotros, se enterarán de que en el año mil y tantos ocurrió un fenómeno, algo absurdamente fenomenal: la susodicha Presidencia. Causará extrañeza, y hasta pasmo, lo sucedido; y se acabó el cuento. Empero, las malas artes de la corrupción, del servilismo corrompido y corruptor, son unas mismas desde el comienzo de las edades, y salvada la distancia de época y lugar, que habría que considerar junto con varias otras circunstancias dignas de nota, los hechos aparecen iguales. De ahí que tratemos de aleccionarnos con el ejemplo del pasado, para nuestro comportamiento en el presente y advertencia en el porvenir. ¡Cosas se han visto aquí! en estos como nunca tiempos vergonzosos y calamitosos,

COMO DECIAMOS AYER . . .

más calientes éstas que las otras! Cabe, en cierta manera, disculpar a los libertados atenienses sus devotos arranques del primer instante hacia su libertador; y es punto comprobado que las acciones heroicas, cualquiera que sea el motivo que las impulse, mayormente aquéllas que llevan en sí un fin de la más alta clase, de honor y provecho para la humanidad, producen en quienes las miran de cerca y aún reciben directamente el beneficio, fogosas explosiones de entusiasmo. Entre nosotros, esa disculpa no halla resquicio por donde colarse, ni lo hallará sin quizá en momento alguno. Nadie sabría decir, puesto que se lo preguntasen; nadie, ni los mismos que nos aturden con un ruido de latas y cajones vacíos, qué es lo que merece devoción en el hombre salido de repente de la oscuridad a la luz, como un fuego fatuo o de fatuidad fosforescente. Habría que considerar por último, en estas manifestaciones, lo espontáneo de ellas por alguna merced que reciben los pueblos, y lo que se delata a leguas como ruin artificio del cual se sirven algunos para agenciarse su negocio particular, explotando como en un venero inagotable la vanidad de los poderosos.

Ahora no es Demetrio, indudablemente; pero, el cuadro de servilismo impudente que tenemos por delante, es el mismo de hace una infinidad de años, que nos pinta con tan feos colores la historia de la antigua Grecia. Por fortuna no se han levantado altares al Dictador, en lugares consagrados de antemano para tal objeto; ni ha sido elevado, para su glorificación, a la categoría de un dios mitológico. Tampoco se les ha borrado el bautismo al año ni a los meses y los días del año, sustituyéndolo por uno que venga al caso apuntado. Por lo demás, su nombre y su figura los hemos de encontrar por todas partes. Imaginaos algo que se traduzca como una palpitación de la vida nacional, de pequeño o de grande aliento material, o siquiera de miserable aliento de añagaza, y ahí os daréis de bruces

COMO DECÍAMOS AYER

irremisiblemente con el nombre antedicho. No ha habido obra por comenzar o por terminar, de las llamadas de utilidad pública, a la cual no se la apedillara de Ayora: ferrocarriles, caminos carreteros y de herradura, puentes de hierro y de mampostería, cuanto hay que ver con los reales ojos de la carne o con los irreales de la fantasía. Ayora dondequiera que se raspe una narigada de suelo, se eche una palada de tierra, se clave un clavo o una estaca. Ayora aquí, allá y acullá, a diestro y siniestro, hacia arriba y hacia abajo, en el centro y en los contornos de los cuatro puntos que fijan nuestra circunscripción territorial. Ayora a topa tolonadro, Ayora sin son ni ton, Ayora encaje o no en el momento en que fluye a los labios este dulce raudal de melodía. Y dale que le darás con Ayora, en crudo y en cocido, en frío y en caliente, en seco y en mojado. ¿Es acaso éste un infierno dantesco, que no lo ideó ni el mismo Dante? Y bien, ¡qué representa al fin y al cabo este nombre cloqueado o cacareado en el gallinero del oficialismo gozoso, como progreso efectivo para la Nación! Porque esa "viabilidad" cantada por prosadores y rimadores de hospicio o de leprocomio, es una hipérbole más grande que nuestro Chimborazo; y lo propio cabe afirmar de lo demás. Algo se ha hecho, desde luego; pero, ¿es todo lo que el país tenía derecho a exigir de una administración verdaderamente honrada y progresista? Me comprometo a demostrar, cuando llegue la oportunidad, que los gobiernos anteriores, inclusive aquéllos que han sido infamemente calumniados y vilipendiados, hicieron más, muchísimo más, en proporción de los recursos de que dispusieron entonces y de los que ha dispuesto el gobierno dictatorial. Con diez y ocho millones de sucres anuales, a que ascendían las rentas del Estado, el Ecuador recibió mayor beneficio, durante las cuatro administraciones últimas, que con setenta millones que suda hoy el pueblo ecuatoriano, sin que le conste nada más que el lujo, el derroche, el despilfarro de los que están pele-

COMO DECIAMOS AYER . . .

chando en el Poder. Sólo lo gastado en los viajes presidenciales y otras esplendídeces aplicables al mismo capítulo de la Presidencia vale más que lo invertido en la carretera de Ibarra a Tulcán, verbigracia; y si sumamos lo que cuestan las superfluidades de todo género, para comprar la fidelidad de amigos y servidores del régimen, tendríamos no ya la mencionada carretera, sino una del Carchi al Macará, sin exageración ninguna. Mas, me aparto de la cuestión.

Yo no sé cómo vivo, cómo no he vomitado sangre y me he quedado tieso de contado con tan necio adulo. Rocafuerte, que puso las primeras bases del progreso material y de todo orden en la República, ha tenido que pasar por el crisol del tiempo antes de que su nombre fuera glorificado. García Moreno realizó esa estupenda maravilla de la carretera que une la Sierra con la Costa, obra monumental no sólo para su época, sino para todas las épocas, y la indicada vía se conoce como "Carretera Nacional", ignorando algunos aun que palpita en ella el genio de aquel administrador irinvalizado. Alfaro verificó el portento del ferrocarril entre Guayaquil y Quito, la más grande empresa que se ha llevado a cabo en casi un siglo de vida republicana, dígase lo que se dijere de la forma como la acometió; y, recientemente, en un sitio apenas visible para los viajeros, el afecto particular, primero que la pública gratitud, ha dedicado un recuerdo al que concibió y ejecutó aquel prodigio. ¡Y cuánto no les debe a los dos últimos el adelanto, en general, de que nos ufanamos ahora! Ayora, sin embargo, el doctor Isidro Ayora, que nada ha hecho que se parezca a lo que queda ligeramente anotado, y menos que se iguale, es, para el servilismo de sus cofrades, el más grande benefactor que nos deparara el cielo, y sin el condimento de su nombre no se guisa ningún plato.

En meses pasados me cayó la lotería de unos versos. ¡Qué versos, rediez! En sí no valen nada; empe-

ro, por ellos se ve a las claras la perversión del criterio. Comienzan así:

“Ilustre e insigne Mandatario,”

Ja, ja ja. Riámonos esta vez, incontaminados compatriotas, ya que no todo ha de ser gemir y llorar en este valle de lágrimas: gementes et flentes in valle lacrimarum.... Sólo que.... aquí viene lo gordo.

“Resuenan ya en el Norte los rugidos
alegres de la locomotora,
rodando sobre gigantescos puentes
grabados con tu nombre: Isidro Ayora”.

Las simplezas, las bobaliconadas de las gentes nos mueven a risa tal cual ocasión; la torpe injusticia nos pone de mal humor siempre. ¿Qué arte ni qué parte ha tenido Isidro Ayora en el ferrocarril del “Norte”, con sus puentes y sus locomotoras? Los primeros pasos de la obra, si no hemos perdido la memoria, se dieron en el gobierno del General Plaza; y el mayor impulso que recibió, hasta ponerse en condiciones de practicabilidad, hay que cargar a la cuenta del gobierno del doctor Baquerizo Moreno, en el haber de los muchos bienes dispensados al país, con sencillez y modestia, por este meritísimo Magistrado. En el gobierno del doctor Tamayo avanzó, también, bastante. Por último, discutido o no, el contrato que aseguró la efectividad de la suspirada obra, se celebró en el gobierno del doctor Córdova. El doctor Ayora, por esta o la otra razón, fue más bien opuesto a la continuación de esos trabajos: no lo negará el mismo. No obstante, en su fin y remate, dicha obra ha valido por una apoteosis para este hombre de verasmente afortunado. Puentes Isidros, locomotoras Ayoras, ruidosas manifestaciones y agasajos. Entusiasmo, locura, frenesí.

COMO DECIAMOS AYER . . .

Se festejaba en Otavalo, un año hace, la inauguración del trayecto de ese lugar a la Capital. Número obligado de todo festejo es, en ese pueblo, un paseo a la laguna de San Pablo, y para allá trotaron con el Dictador. Aquí fue Troya. El champaña costado por las arcas fiscales y municipales se desbordó, como un río salido de madre, en las cabezas de los festejantes. Vivas, hurras, estruendosa algazara: el kiosco de la bellísima laguna se vuelve un guirigay. De repente, lo levantan en vilo al agasajado y lo pasean en hombros, como a un boxeador o un diestro de una plaza de toros. Un grupo de jóvenes achispados lleva la batuta: ¡alto! Grita uno de ellos a todo pulmón: "¡Viva el doctor Isidro Ayora para Presidente por diez años!"—¡Vivaaaa! Otro se desgañita a continuación: "¡Viva para Presidente por veinte años!"—¡Vivaaaa! Por último, un tercero suelta a los vientos un enorme vozarrón: "¡Viva para Presidente por toda la vida!"—¡Vivaaaa! Y tirirín, tararán, tururún, continúa el desfile con acompañamiento de música y de infernal barullo. Dan todos, por fin, en un depósito repleto de líquidos y sustancias inflamables, de donde por poco sale en andas el Excelentísimo Presidente vitalicio. La relación es de una veracidad irrefutable. Parece que el mismo doctor Ayora no miró con buenos ojos estos arrebatos, que no estaban muy acordes con el respeto debido a su alta posición; pues, el rato menos pensado, se convirtió en humo. Digo que se esfumó; que desapareció. Que tomó las de Villadiego. Cayambeños y otavaleños quisieron sobresalir en tales demostraciones. ¿Recuerdan que en Cayambe hasta lloraron respetables damas, henchida el alma de tierna emoción? La mar había subido demasiado. Ibarra, sin embargo, les ganaría la palma. He oído contar todo lo que se hizo en esta ciudad, cuando le tocó el turno. Fue el delirio, el acabóse. Por si hubiera alguna duda acerca del resultado, se me ocurre una idea para que el triunfo de los ibarreños sea completo. En la plaza del Stadium,

COMO DECIAMOS AYER....

en Roma, van a erigir los fascistas italianos una columna en honor de su jefe. Dicha columna, para que tenga todo el valor que se proponen, ha de ser de piedra y de una sola pieza. En Carrara no parece difícil obtener lo que buscan, y, en efecto, dan allí con un bloque de mármol que pesa solamente la bicoca de cuatrocientas toneladas: ¡Eja! ¡Eja! ¡Eja! ¡Atalalá!

Giovinezza, giovinezza
primavera di bellezza!

Se echan a los lomos la pesada carga, y andando. Figurativamente, a los lomos; pero, en realidad, una cadena de cincuenta yuntas de bueyes logró movilizarlo hasta una bagarra construída especialmente para su conducción por aguas del Tiber. En el río Tahuando existe, desde tiempo inmemorial, una enorme piedra de agua, que debe pesar no menos de doscientas toneladas. Las más grandes crecientes no han podido arrastrarla. La llaman, no sé por qué, la Chapetona. Echénsela los ibarreños a los lomos, esta vez sin ninguna figura retórica, sino tal como suena, y larre! a la Capital. Tendremos aquí, en cualquiera plaza, el monolito Isidro Ayora. Yo sería del parecer de que en sustitución del Monumento a los Próceres.

¡Oh el nombre del doctor Ayora! Para los lojanos, su paisano debe ser un timbre de orgullo, como para los italianos unionistas Cavour o Garibaldi, supongamos. Concedido; pero, ¿qué significa eso de apodar a un camino por hacerse, que talvez se hará algún día, si el tiempo lo permite; apodar, digo, a ese camino, en el que lo poco que está trabajado corresponde casi por entero al pueblo lojano, que contribuye con sus brazos: "Carretera Presidente Ayora?" Y ¿cuánto le cuesta al mentado Presidente, en moneda de su bolsillo, el "Puente Isidro Ayora", inaugurado últimamente en uno de los lugares de tránsito del Sur? Parroquias Ayora

COMO DECIAMOS AYER

las hay por centenares, y de cumplirse el ofrecimiento a Tulcán, de una nueva ciudad a prueba de terremotos, dicha ciudad se llamaría Ayora como dos y dos son cuatro. De colonización no entendemos palote; existe, sin embargo, una "Colonia Ayora", y hasta una "Colonia Laura Carbo de Ayora"! Alguien tropieza, en Alangasí, con unos huesos que él cree que son restos fosilizados de un animal antediluviano. ¡Ni otra cosa! Se pondera el hallazgo; hemos logrado una adquisición valiosísima, superior al *Diplodocus* de Pittsburg, una copia del cual conserva el Museo de Ciencias Naturales de La Plata; superior al *Propalacoplophorus* o *Gliptodonte* santacrucesense, ejemplar único en el mundo, superior, en fin, al *Amplina* de Oyakama, descubierto recientemente, cuya antigüedad data de cuatro millones de años. Pues bien, se le bautiza al esqueleto de "Mastodonte Ayora", y entra, muy señor mío, a ocupar un sitio en el Museo Zoológico de la Universidad Central. Antes de éste había ya el "*Bunolophodon* Ayora", encontrado en los alrededores de Licto por un fulano Proaño. El pico más elevado de Rusia es el Kaufman; mide nada menos que siete mil doscientos cincuenta metros de altura. Una expedición de austro—húngaros efectuó, hace poco, una ascensión que se tuvo por una hazaña. Los rusos, adoradores de Lenín, le denominan "Pico Lenín". Recapacitando aquí a este respecto, se ha pensado en que vendría de perlas acomodarle a uno de los picachos del Pichincha, el Rucu por ejemplo, el mete de Ayora; sobre todo si en él se instala un "Observatorio Meteorológico Magnético", lo más estupendo que se haya visto nunca. En las montañas de California va a colocarse el más grande de los telescopios construidos hasta ahora, con el cual no quedará rincón del cielo que no se lo escrudiñe; nuestro Observatorio correrá parejas con aquél en que se sitúe el formidable aparato. ¡Esto es meollo! El otro día fui, ocasional-

COMO DECIAMOS AYER

mente, a la Escuela de Artes y Oficios de esta Capital, y lo primero que encontré a la entrada del establecimiento fué una placa de mármol, con una figura y una inscripción al pie de ésta, como en el gallo de Orbaneja: "Isidro Ayora". Preguntado un empleado lo que aquella placa significaba, no supo expresarme la razón. Ridículo, superlativamente ridículo. ¿No lo estima así el señor doctor Isidro Ayora? ¿O se considera, quizá, merecedor de todos estos homenajes? Más ridículo todavía. ¡Si tuviera a su lado un amigo franco que le cantara al oído la verdad del feísimo papel que está representando, en la vil comedia de un servilismo a sueldo, con adulo tan desmedido!

Más largo aún es el renglón de los retratos. Tan largo que, para tratar de él debidamente, se necesita mayor espacio. Muchas novedades nos prometió, en su inicio, la mal denominada revolución de julio; hombres nuevos, política nueva y nuevas prácticas y procedimientos. De todo lo cual lo único que nos consta, porque se nos entra por los ojos todos los días, es que un Presidente de los nuestros ya no vivirá en la anonimidad. No pasará ignorado, de hoy en adelante, por lo menos en lo tocante a su fisonomía, quienquiera que alcance la más alta escala del poder gubernativo. ¡Eureka! He ahí un famoso descubrimiento que nos sacará del rincón de nuestra pequeñez e insignificancia. Porque las gentes de extrañas tierras, en este y en los otros hemisferios, se sentirán picadas de curiosidad de saber qué país es ése donde de tal modo se exhiben sus mandatarios. Como reclamo, no se ha inventado nada parecido; es, realmente, una novedad. No hay cara de gobernante más conocida, en el mundo, que la cara del Presidente Ayora; de gobernante por la gracia de Dios, o por la gracia o la desgracia de los pueblos que echan mano de estas alhajas de buena o de mala ley. Sólo el Rey de España le gana la partida. Declaro mi antipatía para dicho monar-

COMO DECIAMOS AYER

ca, y no por ese Primo de Rivera, que es un feo lunar en el rostro del Soberano, sino porque, a fuerza de verle y mirarle a todas horas, se me ha vuelto empalagoso. Es una peste este Don Alfonso, décimo tercero de la serie de los Alfonsos, que comienza con el yerno de Pelayo. Una gripe española, vaya, vamos. Se infiltra, se nos mete en el cuerpo por cualquier poro o abertura. Flota en el aire, lo absorbemos en la respiración. Conservo, como un tesoro, una colección de sus retratos, con los cuales se podría llenar estrechamente una galería. El último, en una cacería de alcestes con el Rey Jorge de Grecia, vale un Potosí....de extravagancia. El Dr. Ayora no quiere quedarse atrás, por supuesto. No hay, según antes expresé, cara más casera y familiar, no sólo aquí sino fuera de aquí, en el ancho mundo, que la cara de "nuestro" Presidente. Es una cara de estampilla, filatélica. Anda por la posta, se mueve en todas direcciones. No existe lugar poblado del globo, donde no se la encuentre. Lo mismo en Quito, que en Budapest o en Pekin. Los súbditos de Abuakwa, en el Africa occidental, no se privarán de tenerla; ni siquiera los caníbales de la isla de Salomón. Circula como los marcos alemanes de fines de la Guerra, por millonadas. En publicaciones oficiales, en periódicos y revistas nacionales y extranjeros, en papeles impresos de toda clase. La colección de sus retratos, no obstante el corto tiempo de su Presidencia, ocuparían también, apretadamente, una galería. Retratos de todo tamaño y en todas las posturas imaginables, en traje de carácter o en traje particular, solo o acompañado, y.....¡hasta en familia! Claro, clarísimo. Como que es una familia dinástica, ¡la gloriosa familia reinante! En una Monarquía ello pasa; se estima este exhibicionismo como una necesidad del sistema. Pero, en una República, y en una República de la catadura de la nuestra, ¿qué fin se persigue? Sin embargo, la Dictadura ha sostenido una Oficina de Propaganda con este objeto, y tal Ofi-

COMO DECIAMOS AYER

cina es hoy una institución del Estado por el servilismo de quienes estaban en la obligación de extirpar ese quiste vergonzoso.

Saben ustedes quién fue Thiers? Por supuesto que sí. Fue el primer Presidente de la República francesa, que empicza con la caída de Napoleón III. De la tercera República, más concretamente; la tercera y definitiva. Este Napo, de perilla y mostachos, resultó digno sobrino de su tío, si no por el genio, que hizo de aquél un superhombre a lo Nietzsche, por la ambición y otras cualidades subrayables. Un bribonazo de marca mayor, de tomó y lomo. Cuando lo elevaron a la Presidencia de la República, en condición de simple ciudadano, de Luis Napoleón a secas, sin número ordinal al canto, juró solemnemente sostener la Constitución, a cuyo amparo se levantaba al más alto puesto. No duró mucho, sin embargo, este juramento; a poco menester lo quebrantó, con detrimento y ruina de las nacientes instituciones republicanas. Asestó golpe alevo-so a las leyes fundamentales del Estado; se alzó abiertamente con el Poder; gobernó autoritaria, dictatorialmente. Más tarde, al andar de los días, se proclamó Emperador y signó su nombre con el consabido número romano. Y ¡cosa curiosa! Esa dictadura ha servido de patrón a las actuales dictaduras. Lloy George encuentra un parecido en la de Mussolini. Exactitud, casi. En efecto, palabras, actitudes y procedimientos son los mismos en una y otra. Habría para rato si me propusiera aducir citas, anotar hechos, establecer comparaciones en comprobación del aserto. Nuestros dictadores cursilones de por acá no conocen, ni por el forro, al hijo del herrero de Predapio; y peor entienden jota de historia del mundo, vieja ni nueva. Alguna noticia les llega del dragoneo infame de ese tunante, y ahí sí procuran imitarle. Le imitan, por ejemplo, en el monopolio del gobierno, en el ataque a todas las libertades públicas, en los métodos de opresión tal como

COMO DECIAMOS AYER

allá se practican. Hablando de los métodos susodichos, ¿no son esas multas sin fórmula de juicio, y en cantidades desproporcionadas, de legítimo corte mussollinista? Y ahí es nada; pues, si el Duce tiene, para acabar con sus enemigos, los islotes volcánicos del Mar Tirreno, Lipari, Filiculi, Aliculi, etcétera, etcétera; a nuestros duchos gobernantes no les faltará, tampoco, unas islas cualesquiera, las islas de Galápagos supongamos, en el Pacífico, con igual objeto. No nos han quitado "legalmente" la ciudadanía; empero, ¿nos ha servido para algo el título de ciudadanos a los que no le hemos mirado boquiabiertos al Dictador, o no nos hemos roto el gaznate cantando sus excelencias? En lo malo, ya lo creo que le imitan. Inclusive en ese afán exhibicionista de sus bellas personas, bien así como en echar a todos los vientos de la publicidad lo que hacen y lo que no hacen. Con lo cual logran un éxito morrocotudo de propaganda, a la manera de ciertas drogas de dudosa eficacia. ¿Y en lo bueno? Porque, indudablemente, hay mucho de bueno en el fascismo; y en el jefe del fascismo, por consiguiente. Mas, ello no les interesa.

Camina, camina, camina....; el personaje de mi cuento se me fue de las manos. No es un cuento, señores míos, lo que paso a referirles. Es una historietita de cuya autenticidad respondo, aunque, por el momento, no recuerdo dónde ni cuándo la leí. Una relación anecdótica, en otros términos, autenticada con irrefragables testimonios. Atención, pues, que la cosa tiene su gracia. Como quien dice su sal y su pimienta.

Thiers, monarquista furibundo toda su vida, se volvió, al último, un acérrimo adversario de la Monarquía, por la forma despótica de esta clase de gobiernos, la cual llegó a repugnarle al cabo invenciblemente. Caído el Imperio napoleónico (han de entender ustodes el Imperio de Napoleón III), el pueblo francés premió aquella sincera conversión de Thiers, elevándolo al primer poder de

la República. Callaré, por ahora, las superiores cualidades del hombre y del gobernante, para hablar solamente de las imperfecciones físicas del individuo. Sus biógrafos le pintan feísimo, "desmesuradamente feo"; un oso de feo. Y he aquí el percance que le ocurrió, a causa de su fealdad.

Un día tal, del año no sé cuantos, viajaban en un carro de primera, de un tren que se dirigía a París, una señora de alguna edad y una hija suya de primeras tijeras. En el asiento vecino al en que ellas iban arrellanadas, se situó un sujeto, el cual sujeto no les interesó absolutamente por de pronto. Sobre todo, porque de tal suerte estaba erfundado en su gabán, que a duras penas se alcanzaban a divisar las orejas. La muchacha, una tremenda pizpireta, se percató de repente de la joya que tenían a su lado. Acababa de descubrir un estupendo hallazgo.

—Mamá, mamá—, se insinuó codeándola ahincadamente—; "¡fíjate, mamáita! ¡Qué cara, rediós! ¡Qué cuerpo, avemaría! ¡Qué traza, misericordia divina! ¡Uy! ¡Uy! ¡Uy! ¡Uy!

Y se cubría el rostro con las manos, como quien viera al mismo diablo.

—¿No te parecé, mamá, que no hay derecho para salir a la calle con esa cara? Ji, ji, ji.

Y se reía a todo trapo.

—¡Y carga anteojos! Ji, ji, ji. ¡Fíjate, mamáita en ese galápagos con anteojos! Ju, ju, ju.

Con estas vayas y zumbas, en purísimo inglés, a fin de que el cascado no tomará nota, entretuvo buena parte del camino. Tanto mofarse y reirse, sintió debilidad, vacío en el estómago.

—¿Estará cerca un lugar donde encontremos algo de comer, mamá?

Monsiur Adolfo, que escuchó sin inmutarse las chirigotas, sesgó la cabeza y le informó a la señorita cortesmente:

COMO DECIAMOS AYER

—Dentro de media hora hallará usted lo que desea. ¡Cataplúm! Madre e hija se quedaron petrificadas. ¡El incógnito sabía inglés! ¡Había entendido de pe a pa la rechifla! La pillísima no pudo, sin embargo, contenerse. Tras cortos minutos tornó a las andadas.

—Mamá, mamá, imamaííííta! Pero, ¡qué feo! “Eso” no es un hombre. No, no, no. ¿Es un trasgo, un duende? ¡Ja, ja, ja.

Esta vez se chingueaba en alemán la monísima.

Buuuuuuú: pita la máquina. Monsiur Adolfo sale de su impasible hermetismo, como de su concha el caracol:

—Este es el punto que indiqué a usted, señorita.

¡Córcholis! ¡En alemán! Esta vez ya no le quedó gana a la chuleadora de continuar con la somanta. El esperpento, el hominicao era un políglota, hablaba todos los idiomas. Se acerca el tren a las goteras de París. Hay un enorme gentío en la estación terminal. Gentes de toda edad y de todo pelaje. ¿A qué obedecerá este inusitado movimiento? Se pone de pie el desconocido y preséntales a señora y señorita una tarjeta en que se leía: “Adolfo Thiers—Presidente de Francia”. Les invita luego, con la mayor amabilidad, a ocupar un coche de su séquito para que veyan al alojamiento.

Y colorín colorado.

Thiers, el Presidente de Francia, era un anónimo a dos cuartas de París. Su cara, una adivinanza, aun para los que no ignoraban su nombre y su fama. A Thiers no le agradaba, sin duda, retratarse. ¿Sería por feo? Porque nuestros Alcibíades, digo nuestros Presidentes buenos mozos, ¡cómo no habían de ostentar sus adorables gracias!

Para feos, Lincoln. Era extraordinariamente feo; un feo de fama universal. A su lado resulta Thiers un bello Adonis. M. Bartlett, hablando de la fisonomía de este grande hombre, dice que los términos que se han empleado para describir su aspecto físico, son todos los que en el diccionario de la lengua tienen un significado contra-

COMO DECIAMOS AYER

rio de apostura, de buen continente. Alto, en una medida de un metro ochenta centímetros; seco, a tal punto de no parecer sino hueso y pellejo; desgarrado, a manera de un árbol que hubiera sido sacudido y maltratado por furioso huracán: cómo encontrar siquiera un asomo de gallardía y esbeltez en tan desproporcionada creatura. Su semblante anguloso, enjuto, acartonado, no daba pie para que en él labraran sus primores las Gracias. De pocos hombres, sin embargo—hombres públicos, desde luego—existe mayor número de retratos tomados en vida. Hasta se conserva una máscara de igual tiempo, obra de Leonard Wolk, de bastante mérito. Y en estos documentos se apoyan, por más señas, quienes sostienen que aquella ponderada fealdad de Lincoln no pasa de una grandísima exageración. Apuesto a que de él nadie se habrá chufado ni reído, en cualquiera circunstancia y dondequiera que se presentara. En todo su exterior estaba estampada la superioridad del genio. Era grave, solemne, majestuoso en su aire y sus modales. Amén de los infinitos atractivos de su bondad, que se revelaba en la mirada de unos expresivos ojos. Por lo demás, había razón para ambicionar su retrato, y aun para que éste anduviera en los más oscuros rincones, como el de una efigie venerada y milagrosa. Otro sí: no “se” retrataba; “le” retrataban, sin talleres oficiales para el efecto, Lincoln fue adorado por el pueblo. Lo llamaban el “Padre Abraham”, dando a entender de este modo el amor filial que le profesaban. Su hermosura ha de buscarse en sus obras; y de éstas, ninguna como la de emancipador de esclavos. La esclavitud de los negros, en los Estados del Sur, reclamaba los oficios de la piedad; y el piadoso Lincoln no los escatimó. Detestaba entrañablemente a esos traficantes de carne negra que iban a arrancar su presa en las ardientes playas del Africa. Para los negros redimidos, Lincoln era un santo. Un día de aquella época ya lejana, el Capitolio fue testigo

COMO DECIAMOS AYER

de una manifestación emocionante. Los negros de Baltimore han ido a expresarle, con patéticas demostraciones, su gratitud. Están felices, radiantes de gozo: "Good blesse massa Linkum". Al cabo, después de muchas ceremonias para patentizar dicho propósito, terminan poniendo en sus manos una Biblia, en lujosa pasta con cantoneras y planchas de oro. En una de dichas planchas se había grabado, con artístico esmero, la figura de Lincoln, y debajo de ésta una sola palabra: "Emancipación". ¡Ya quisiera pavonearse el más encopetado gobernante actual con un retrato de la laya y por tal motivo!

Las buenas obras: he ahí por lo que hemos de perdurar. En otra ocasión referí una anécdota de Woodrow Wilson, cuya actuación en el más grande de los últimos acontecimientos del mundo, le hizo destacarse en primera fila. Durante su gira de propaganda pacifista, a raíz de la Guerra, pronunciaba un discurso en San Luis. En lo mejor de su peroración, se le ocurrió a un fotógrafo tomarle una "instantánea" al magnesio. ¡Paf! La llama y el ruido de la explosión le sobrecitaron y pusieron de mal humor. "No debe importarles la figura"—gritó con gesto avinagrado—"sino nuestras obras". Aspiren, quienes por un escamoteo de la suerte o por encargo de los pueblos han subido al Poder, a una inmortalidad gloriosa. Lo demás resulta no más que vanidad de vanidades. ¡Y creer que este prurito de vanidad le cuesta a un país pobre como el nuestro enormes sacrificios, en dinero que podía invertirse en tantas obras de utilidad pública! Bueno, bien: puesto que, a través de todo, ha de seguir enriqueciéndose la galería de retratos del Presidente, retrátenle por lo menos tal como él es, sin maquillajes que pulan la naturalidad de sus facciones. Pues, de otro modo, es un engaño para el presente y para la posteridad. Haya verdad siquiera en esto. Y acuérdense, al respecto, los fotógrafos y maquilladores de la Oficina de Propaganda, de lo que le sucedió a un

COMO DECIAMOS AYER

pintor con uno de los hombres más representativos de la Gran Bretaña. Un pintor copiaba en un lienzo al Protector de Inglaterra. Frente a frente de aquél, Cronwell semejaba una estatua viviente. Terminada la "sesión", desea ver éste cómo le ha ido en manos del pintor. ¡Un desengaño! No pudo contenerse, y se fue de todas. Digo que se entripó de coraje. "¡Qué es lo que has hecho, hombre de dos mil demonios!"—le regañó con enconada aspereza. "¡Dónde has dejado mis arrugas y mis verrugas! ¿Te han costado algo a tí, por ventura? No me las quites. Son más. ¡Y muy más!"

Nombres, retratos, de qué medio no se ha valido el servilismo para halagar la vanidad del Dictador. ¿Y lo que le han dicho? Bueno, justo, santo, sabio, le han llamado. ¡Le han concedido la sabiduría! No ya profesional, que habría sido mucho concederle, sino política. De ahí esa popularidad con que se le juzga afuera. Porque el doctor Ayora, para los que no conocen nuestras miserias interiores, es más popular que los más célebres artistas de Hollywood: Rodolfo Valentino, Chaplín, Harold Lloyd. Más popular que la bailarina Backer, de quien dice Clement Vautel que su ombligo es uno de los centros del mundo. China tiene, actualmente, un actor muy aplaudido; compositor, además, de admirables y admiradas piezas dramáticas. Su nombre de pila: Mei Lan Fan. La originalidad de éste, como creador genial, consiste en haber sacado sus modernas concepciones de las antiguas leyendas, mediante una adaptación maravillosa; en haber mezclado, con raro y caprichoso arte, lo más relevante del teatro oriental y del occidental; en haber sustituido los viejos moldes conocidos, por otros llenos de novedad. Pero, donde más resplandece esa habilidad, es en la escena; allí es único, sin rival. Empuña el cetro; es Agamenón, rey de reyes, a justo título. Encanta, atrae, seduce, domina. El público le pertenece enteramente, por derecho

COMO DECIAMOS AYER

de conquista. Todos le vitorean, todos baten palmas en su honor. Naturalmente, en Pekin le adoran. Es la niña bonita de la capital del Celeste Imperio. No hay ojos como los de Mei Lang Fang; ni boca más perfecta; ni cuerpo más cabal. Si mira, produce con esa su gracia fascinadora estremecimientos y desmayos; si sonríe, su sonrisa es alegría de la tierra y de los cielos; si se mueve, da un no sé qué su discurrir ondulante y sinuoso. ¡La niña bonita, sí! Shanghai anda enamorado de ella. En una de éstas, arderá Troya. Ardió ya; está envueltas en llamas. Los shanghaiños han raptado a Menclao su Hecna. Empezaron por halagarla con mimos y requiebros; por tentarla con montañas de oro acuñado. Mas, ante su irreductibilidad, cegados de amor por ella y desesperados de no poder atraparla, se fueron a las vías de hecho. Sólo que.... ¡ay!.... Mei Lang Fang no se ha movido de su casa. Sigue siendo la niña bonita de Pekin. Ha marrado la emboscada con un muerto y muchos heridos de entre los raptadores, quienes se han quedado a la postre con un palmo de narices. Ahora, la dama no aventura un paso sin su correspondiente escolta que la cuide y, en caso apurado, la defiende. También, los chinos del Ecuador tenemos nuestro Mei Lang Fang, nuestra niña bonita. Nos pirramos por ella; vivimos de sus apasionados cautivos. Si alguien pretendiera robárnosla, se equivocaría de medio a medio. Ardería Troya; esta vez de veras. Un cronista francés, que conoció al actor chino en su propia residencia—un bello palacio de ensueño—, y lo paladeó en las tablas, exclama entusiasmado: “¡Qué lindo es!” Y encuentra muy natural la rivalidad amorosa de esos dos pueblos. Se viniera por acá.... y recientemente sabría lo que es canela. Alias, popularidad.

Me ponderaba un señor el cariño de jefes y oficiales de los batallones al Presidente Ayora. “¡Si usted les oyera!”—me dijo hiperbolizando la frase. Por supuesto, convino en que estaban en lo justo. “Soy bastante

COMO DECIAMOS AYER....

relacionado con todos ellos"—añadió para comprobarlo—"y sé cómo viven". Y, mirándome de hito en hito, observó a continuación: "Ah! no! Son los únicos que se dan la gran vida! Yo he comido con ellos tal cual ocasión, porque, según le manifesté hace rato, me llevo bien con todos y hasta me quieren. ¿Dónde pueden servirle a uno mejor? El Metropolitano no atiende con más esplendidez a sus comensales. Comen opíparamente, y viven a las mil maravillas. ¿Qué les falta? Gozan no sólo de comodidad, sino de regalo. Usted ni se imagina. Afuera ¡oh! afuera.... ¿Quién se sentirá capaz de competir con ellos? Echan la casa por la ventana con cualquier motivo". Luego me refirió que, en una conversación, le embutieron como chorizo con los primores del Presidente. En América, no hay quien le iguale. ¡Ni Lejía! "Lejía, así con j"—recalcó. Y siguió ensartando, al respecto, una serie de sandeces por ajena cuenta. Mi sorpresa no tenía límites. No por lo que en ese momento escuchaba yo, sino porque no se le hubieran reventado al buen señor las cápsulas suprarrenales cuando él escuchó. ¡Ni "Lejía", ya lo creo! De no mediar ciertos picos pendientes con la Nación vecina, ésta sería la hora de expresar mi juicio acerca del autócrata peruano que ha conseguido, por las artes de siempre, comunes a todos los tiranos, eternizarse en el Poder. Pero, me desbautizarán, me llamarán hereje y ni otra cosa para la Santa Inquisición: Leguía es un genio, desde luego. Uno de tantos, vale aclarar; pues, en achaque de genios, el de aquí le da quinto y raya, pese a Mr. Moore que le comparó al primero con los más grandes de los tiempos antiguos y modernos, con una sal de hacer babear a un dromedrario. César, Napoleón, Bolívar desfilaron, con muchas y reverencias, ante aquel genio. ¡Y hasta Richelieu! El terrible Cardenal que tantas diabluras cometió en Francia, principiando por la mujer del Rey, o sea por la Reina en persona. Pues, ahí es nada, según Mr. Ba-

COMO DECIAMOS AYER . . .

ding, para quien el de aquí resulta un geniazo, en superlativo. Estos misteres son ocurridísimos. Labor diplomática al cabo, como se entiende todavía la diplomacia. Verdaderas tomaduras de pelo. Mas, así o asado, es lo cierto que la fama se difunde y hombres sin antecedentes, sin historia que merezca la pena, alcanzan una nombradía en el país, en el continente y en el mundo. Si hemos de medir nuestras armas alguna vez, en una contienda internacional, no ha de ser por pedazo de más o de menos de territorio, como almas cándidas lo sospecharán acaso, sino porque nos disputen este tesoro del cielo de nuestro Presidente.

Más popular que Valentino, aunque tiempos ha que se halla domiciliado en el otro barrio. Más que Chaplín, que sigue "haciendo reir a la tierra". Más que el divertido Lloyd, alegría todavía de los muchachos. Más que la Baker, que con su "Sauvage", su danza salvaje, puso ágiles y expeditos hasta los mismos bátavos, a quienes no les mueve ni un día de fiesta ni un terremoto. ¡Es que ustedes no la han visto bailar! Porque de otro modo... No hace mucho que esta Venus de "dixie land" recaló a Buenos Aires. Parece que al Presidente Irigoyen no le cuadó la visita, según se expresó. Don Hipólito resulta un holandés de superior calidad a la de los más finos holandeses. Un viejo seco a una alta temperatura de austeridad. "No me ha visto bailar el Pre-si-den-te"—tararé la grandísima bribona, cuando supo la noticia, con un malicioso mohín acompañado de una felina ondulación de la piel, de los lomos a la pantorrilla. Y que el público bonaerense estuvo de su lado, lo manifiesta el hecho de que "Crítica", un diario de tantas campanillas, comentó el caso con la patochada de que al Presidente debería preocuparle el buen gobierno y no esas bagatelás de chochas pudibundeces. Más popular que la Baker, y antes de ella que la Mistinguette, y después de ella que la pequeña Esther, la nueva estrella morena, de diez años

COMO DECIAMOS AYER: . . .

de edad, que enloquece actualmente a los locos parisien-
ses desde las salas del "Empire" y el "Moulin Rouge";
Más popular que todos los artistas de las ojeras postiz-
zas y los labios de bermellón, del "charleston" y el
"black botton". Popularidad hija de la embadurnada
ficción, o de la novelería bulliciosa y grotesca. Produc-
to de la degeneración en el arte y en el sentido artís-
tico. Una popularidad le deseo de todo corazón al
señor doctor Isidro Ayora. ¡Palabrita! "Médico ilus-
tre y por contera comadrón, esclarecido"—dije una vez en-
tre bromas y veras—"no le discuto; pero político, esta-
dista, gobernante, ¿cómo así?" No nació para estos dibu-
jos, realmente. No es éste su oficio. Que una ola de in-
consciencia lo haya empujado a las alturas, nada prueba
en contrario. No es la única ocasión, ni el único él. Sa-
que verdadera mi proposición; aspire a brillar por una
sabiduría profesional de pura estirpe, y eso habremos
ganado todos. Fernando Asuero, con sus aplicaciones
al trigémico, figura como el hombre del día. Y un
ginecólogo de la Maternidad de Montpellier, Paul Delmas,
alcanzará una fama que acaso ninguno la alcanzó con
su anestesia para que las mujeres den a luz sin dolor,
si sus experiencias se confirman. El crédito del médi-
co es tal en el mundo, según el insigne Gregorio Má-
rañón, que ningún otro le supera ni le superará. Cuan-
do se es sabio, por cierto, y se contribuye eficazmen-
te al alivio de las dolencias de la humanidad.

Y quedamos en que la Dictadura no ha sido tal sino
en el nombre. Puesto que nadie chistara contra ella,
concedo; dado que alguien se atreviera a levantar el
gallo, niego. Hemos sido los ecuatorianos colocados en dos
filas, para el premio o el castigo, como en un juicio apoca-
líptico: a la derecha los buenos, los que han merecido
la gracia del supremo dispensador de premios y casti-
gos; a la izquierda los malos, los que han incurrido en
su enojo. Venid les ha canturreado a los unos, venid
y recibid la recompensa prometida a todos los que me

COMO DECIAMOS AYER

aman y me sirven fielmente, y les ha colmado de ventura. Idos de aquí, idos a padecer las penas de vuestras culpas, les ha fulminado a los otros, a los que se han portado tercos y renitentes contra su soberanía y augusta majestad, y les ha precipitado en las calderas de Pero Botero. En verdad en verdad os digo, que todavía no ha llegado el día de las cuentas; pero, ese día llegará, no cabe duda. Es posible, entonces, que se inviertan los papeles, y que los bienaventurados de hoy sean los réprobos de mañana, entre llanto y crujir de dientes. Hasta tanto, los escogidos, los predilectos tienen sobrado motivo para entonar el himno de las alabanzas de su señor, y repetir una y mil veces, con voces que atruenen los espacios: ¡Tú sólo el óptimo! ¡Tú sólo el máximo! ¡Tú sólo el súper! ¡Tú sólo el que todo lo puedes! ¡No hay quién se iguale a tí! ¡Vive ahora y siempre; vive, reina y gobierna! ¡Tú el amo de tus siervos, el rabadán de tus ejércitos, el que impera en el corazón de cuantos te queremos con nuestras entretelas!

¡Tanta bondad! Y uno que ha sido la entraña negra de la Dictadura declara, sin ambages, que ésta no se ha andado en chiquitas para silenciar los fuegos enemigos. No sólo no niega las medidas de terror que se emplearan, según que lo hacen con torpeza y descafo aquellos defensores a cuenta de logro y beneficio; sino que, al contrario, hasta parece ufanarse de ellas, empeñándose, a lo más, en hallarlas la razón o el motivo que sirva para justificarlas. La desmoralización había venido corroyer do, como una gangrena, el organismo del Estado y amenazándolo de muerte. Era un caso clínico, de esos en que hay que obrar con pulso firme si se quiere salvar al enfermo. Poner a un lado lo corrompido, lo dañado, lo podrido, cor-

COMO DECIAMOS AYER

tando en carne viva; extirpar el mal de raíz, para evitar que se reproduzca: he ahí lo aconsejado. La Dictadura, desde este punto de vista, no ha procedido sino como requería la gravedad del momento, al posponer cualesquiera consideraciones de carácter particular a la única del bien general que debe prevalecer siempre. ¿Con este fin no se establecieron, precisamente, gobierno y autoridad? Persecuciones a sol y sombra con cualquier pretexto, encarcelamientos rigurosos por dácame allá esas pajas, multas a roso y velloso sin ley ni antecedentes que las autorice, deportaciones por primera vez a islas abandonadas y mortíferas, destierros y confinamientos a la buena ventura, y cuantas atrocidades se han cometido en un largo período, de atropellos brutales de la fuerza, han de estimarse como una necesidad, de las circunstancias, "necesidad dolorosa" en concepto del primer Ministro de la Dictadura. De otro modo, "el Gobierno habría mostrado no tener conciencia de su misión y sus responsabilidades, si no seguía esa línea de conducta, para consolidar la autoridad del Estado, cometer el desenfreno del egoísmo a la utilidad colectiva, procurar una disciplina común en la obra de restauración del país y garantizar todos sus desenvolvimientos futuros".

Gobierno, autoridad, disciplina, restauración del país, desenvolvimientos futuros.... Saltó la liebre, el conejo o el ratón. Digo, sabemos ya por qué hemos sido aporreados. Consolémonos—¡oh, queridos hermanos en la porra!—de lo sucedido. Aún más, demos gracias a Dios. Sin esas amables caricias, ¿nos sentiríamos todo lo felices que por ventura nos sentimos ahora? El chocarreo del Ministro ironiza. No hay memoria de que se haya escrito, en documentos de esta clase, con mayor desenvoltura y descoco. Soez y bajo tocante a la forma, es, aquél a que me refiero, descarado y cínico cuanto a sus afirmaciones. Tiene del ruin y del villano; pero, sobre todo, del bribón redomado. No intentes, lector, hallar

COMO DECIAMOS AYER

en él un ápice de verdad, ni siquiera un disfraz de ella en ninguna parte. Todo él se reduce, en lo político, a mentira despabilada, a embustes y patrañas sin el menor rebozo. Desde que empieza con la notificación de que se halla "cercaño el acto decisivo" del término de la Dictadura, hasta que acaba indicándonos cómo ha de alcanzar "su significado vital el credo de la democracia". Y más todavía, cuando la Nación aparece como la piedra de toque de los desafueros gubernativos, a los cuales se les quiere dar, por este hecho, "carácter nacional". ¡De qué Nación nos habla ése que así se expresa! ¿Tuvo acaso la Nación nada que ver con la militarada del tristemente célebre nueve de julio? ¿Tuvo, después, cuando un reducido grupo de militares—¡cincó en número!—le pusieron en el trono al Dictador y en los escaños del trono a los que astutamente le auparon? ¿Tiene, ahora mismo, en este entremés o sainete que se está representando con no sé qué título sugerente de constitucionalidad? La Dictadura identificada con la Nación... ¡es el colmo! Qué de constancia de lo último, por lo menos para que no se crea, fuera de aquí, que todo el país ha aceptado a ojo de buen cubero semejantes pajarotadas y trocatintas, y, también para que ese silencio por parte de quienes debieron juzgar, con entera imparcialidad, de los actos de la Dictadura, no se interprete por una genuina expresión del sentir general. Tal silencio fue de complicidad, y así tendrá que reconocerlo mañana la historia. Complicidad de aparceros en el despojo.

Cuatro años ha vivido la Nación sin voz ni voto, sujeta a onerosa tutela; y tres de éstos, bajo un régimen de abierta y desembozada tiranía. Abrogados todos sus derechos, abolidas todas sus libertades, ha vivido como le han permitido vivir quienes la han subyugado por fuerza y violencia. Ha sido una Nación secuestrada, como de la España primoriveresca dijo Blasco Ibáñez en uno de sus furibundos libelos. Nin-

COMO DECIAMOS AYER

gún gobierno de esta contextura ha durado tanto tiempo; ni se ha encontrado, de otro lado, en condiciones más propicias para hacer el bien que hubiera deseado. Con la base de un poder militar que ha constituido su firmeza, y sin que le faltara la voluntad decidida de los ciudadanos para el empeño de una obra de verdadero resurgimiento nacional, dicha obra habría alcanzado a superar los mayores anhelos y las mejores esperanzas del patriotismo. El juicio de la historia ha de ser de severa condenación para los hombres que han intervenido en los acontecimientos políticos de esta última época, desviándolos de su cauce natural, señalado en su origen. Porque, al fin, qué le debe el país, de bueno o siquiera favorable, a la Dictadura. En qué se hace consistir esa restauración, de la cual han de derivar esos desenvolvimientos futuros. La realidad, que hemos palpado y estamos palpando, es abrumadora. Políticamente, han continuado las mismas prácticas corruptoras, los mismos sistemas de explotación. Y cabe agregar que han llegado al más alto grado de perfección, de refinamiento. Muchas cosas que se han visto hoy, no se han visto antes, ni se verán probablemente jamás. Sobre todo, si algún día se establece la normalidad gubernativa, alejado para siempre el imperio de la farsa. Cuanto a ese progreso material que tanto se decanta, en lo poco que se ha hecho, más ha sido el ruido que las nueces. Aunque, por lo general, no ha existido sino en la imaginación de quienes han procurado cohonestar de este modo la ilicitud de sus manejos.

Y no quiero adelantar testimonios de lo aseverado; a su tiempo, no se harán aguardar. Esto no obsta para que exponga aquí algunas consideraciones, a manera de trazo o esbozo de la situación. De proceder con honrada lealtad de convicciones y propósitos, aquellos sobre quienes pesan las responsabilidades de quiebras y maldanzas de la hora presente, de ellos sería la gloria de haber logrado lo que nadie logró: un cambio radical

COMO DECIAMOS AYER

en el carácter y las modalidades de la vieja política de trafacería y logrerismo que ha sido la causa de todas nuestras públicas desventuras. Que la República sea lo que debe ser, y no lo que ha sido hasta hoy, he ahí lo primero y lo principal. Lo demás vendrá por añadidura. Convengamos de buena gana en que mientras tengamos gobiernos de pandilla y asalto, y no de legítima y honda raigambre popular, nada conseguiremos en punto al mejoramiento y el progreso que ambicionamos. Mediten en esto, con serena meditación alguna vez, quienes, aparentemente, se devanan los sesos para descubrir la fórmula de nuevos y flamantes ideales que han de levantar al país de su postración. No es por falta de ideales por lo que andamos de tan mala suerte. En el papel, los encontraremos a porrillo; y puede añadirse que para todos los gustos. Ideales por entregas, a período fijo. Siempre que se ha pretendido escalar las alturas. Han constituido el engaño habitual, la mentira de patente registrada con que se ha embaucado la buena fe del pueblo. Con lo cual dicho está que, más que otra cosa, necesitamos de hombres nuevos con esas virtudes. Hombres ajenos a las viejas trápalas de uso corriente, a las viejas prácticas de engaño y corrupción. Y cómo sucederá que demos con ellos, sino mediante el ejercicio cabal de nuestros derechos y la completa efectividad de nuestras libertades. Por medio de la expresión libre de la voluntad nacional, más claramente. ¡Nuevos ideales! Pero, ¿de qué servirán si nunca han de cumplirse por la fuerza de los intereses creados, y la falsedad o la perfidia de las personas a ellos vinculados? ¿Han servido para algo, tal vez, los que se invocaron para derrocar un orden constituido, y erigir en su lugar el desorden y la tiranía?

Y éste es el momento de definir los verdaderos móviles del levantamiento militar que ocasionó la caída del último régimen constituido. Del régimen nacido de la Constitución de mil novecientos seis. Porque se lo

COMO DECIAMOS AYER . . .

ha llamado revolucionario, al hablar de él. Revolucionario, con ideas y principios revolucionarios; o digamos ideales. Y tal afirmación es falsa rotundamente. El golpe de mano asestado alevosamente aquella noche memorable, tuvo un origen y una finalidad distintos. No obedeció a motivos de carácter político, sino que fue de índole y tendencias de clase. Había algo que olía a podrido en el seno de la institución armada, algo que necesitaba ser eliminado; y convenía por otra parte despejar el campo de antiguos acomodos y prebendas, para que hallaran cabida en él las nuevas aspiraciones en marcha. Se trataba, como he insinuado más de una vez, de una huelga de los oficiales inferiores contra los superiores por cosas del oficio. De desalojar de sus puestos los primeros a los segundos, y sustituirse en ellos. Si los hechos que hemos presenciado no lo probaran, el testimonio que he oído de propia boca de algunos de los mentados oficiales me sacaría verdadero en mi aserto. Así, pues, alardes de moralidad política, alharacas de probidad y capacidad administrativa, pujos de orden y arreglo en nuestra economía y todas las novedades que escuchamos a la hora de la hora, inclusive la monserga de la reconstrucción nacional, ha de estimarse en su legítimo valor. No era posible que el Ejército volteara las espaldas a sus deberes de lealtad, por meras quisquillosidades o meros reclamos de reglamento y disciplina; y peor aún, por codicias o ambiciones desaforadas. Ello asomaría demasiado feo. Se denunciaría a las claras como una traición, como una deshonor, como un delito. Y se lucubró un programa de postulados de reforma incoherente y descabalado, sin pies ni cabeza; y se ideó una bella consigna con que se daría a entender que todo lo hacían por la Patria. El pueblo se tragaría el anzuelo.

El pueblo batió palmas, en efecto. Creyó con su incurable sencillez y buena fe, cuanto se le dijo y prometió. Había sido largo tiempo oprimido, y recobraba desde ese

COMO DECIAMOS AYER

momento su libertad. Se le tomó siempre por un rey de burlas para escarnecerle y humillarle, y en adelante haría de legítimo soberano en pleno goce de sus atributos. No más exacciones, no más infame explotación. Del fruto de su trabajo no se aprovecharía para locupletar sus bolsillos la codicia. Disfrutaría de comodidad, de holgura, de bienestar. Se sentiría feliz gozando de un progreso material incalculable. Otra ha sido, sin embargo, la realidad. Cuatro años de tiránico dominio de la fuerza, ¿qué bienes le ha reportado al cabo? La política nueva que se anunció, hubo pronto de señalarse, por sus mañas y perversiones, como la más vieja y achacosa que hayamos conocido; los hombres nuevos resultaron ser los mismos de viejas épocas, con toda clase de vicios y defectos, y la moralidad, arteramente preconizada, enseñó luego su faz repugnante y odiosa de Tartufo. No ha presenciado, quizá, el país mascarada más torpe, más cínica ni más abominable. Por último, a los atropellos de la anormalidad, ha sucedido la normalidad de los atropellos. La llamada Convención Nacional significó el escándalo de los escándalos. Se arregló un corral, y allá acudieron los más altos empleados de la Dictadura, la broza servil y estulta de todos los gobiernos, con rarísimas excepciones. La Nación recibió un golpe de encrucijada, y de su sorpresa y aturdimiento se valió el vulgar maquiavelismo gubernativo para escoger entre gallos y media noche lo mejor del hato. Lo mejor para sus propósitos y conveniencias. Estos fueron los "genuinos", los "inmaculados" de que hizo mención el Dictador, con una burda simulación o un necio sarcasmo de herir a las piedras. Estos los que, en reciprocidad, le aclamaron, le levantaron a los cuernos de la luna, le colmaron de rendimientos y agasajos. Estos los que aceptaron a bulto cerrado, como mercadería de contrabando, el cúmulo de iniquidades y de inepticias dictatoriales. Estos, finalmente, los que le entregaron la Nación atada de pies y manos, llamando virtud a la hipocresía, talento a

COMO DECIAMOS AYER

la vanidad presuntuosa, acierto y eficacia a la gárula palabrería, pulcritud y limpieza a las más finas agallas. Lo demás—trapicheos electorales y otras gracias—es de estos días. Todo lo mismo de siempre.

¿Probidad, capacidad administrativa? No hay agujero, no hay rendija de la actual Administración, y con mayor razón sitio de alguna importancia, en que no se hayan encasillado los "genuinos", los "inmaculados" de las administraciones pasadas. Los viejos manejadores de la cábala, merced a la cual han pescado a río revuelto en todo tiempo. Los viejos trogloditas que en toda ocasión le han sacado sumo a la yesca, y han vivido soñando con las vacas gordas del sueño faraónico. Los que ayer labraron un falso nombre al amparo de aquellas administraciones por ellos calumniadas y execradas, han alzado hoy una fortuna. Como el usurpador saca el mayor provecho de la cosa usurpada, así ha ocurrido con este inícuo despojo de la Nación. Sueldos duplicados, triplicados y aun decuplicados; lujos, derroches, esplendideces. Cuanto les ha pedido el cuerpo. No sólo lo necesario, largamente presupuestado, sino lo supérfluo. Palacios miliunochescos, suntuosas residencias particulares, gajes de pura ostentación y puro regalo. Y—¡oh vergüenza, cómo no se te encienden los colores de la cara!—hasta el diario puchero que se come en casa se ha cargado a la cuenta del tesoro público. En el crédito pasivo del pueblo, quien paga al cabo los vidrios rotos. Las ponderadas "capacidades" no se han manifestado sino en esto. Viejas estantiguas conocidas, empleados a ruego y misericordia que no valían lo que ganaban, se han exhibido como unos prodigios de sapiencia porque se han hecho reenumerar regiamente, porque han dispuesto de "lista civil", como reyezuelos de un fantástico reino de la burocracia. A lo que hay que agregar que el país ha sufrido la inundación de individuos oscuros y advenedizos, salidos de los rincones de la negadéz y la insignificancia a ocupar los más altos puestos y a partici-

COMO DECIAMOS AYER . . .

par de las más sustanciosas sinecuras. Con la cual se completa el cuadro.

En lo económico.... ¡bah! El arreglo de nuestro desgreño económico, de nuestra quebrantada y maltrecha economía, fue la razón de más peso que se alegó como descargo de las responsabilidades del movimiento de rebeldía del Ejército. Y también la causa o motivo de mayor volumen que se adujo para amoquillarnos luego, para reducirnos a la impotencia y el silencio a fuerza de cepo y mordaza. No es este el lugar de detenerme en un examen de todos los aspectos de la cuestión. Hasta dónde sea justo lo que al respecto se ha dicho, y donde comienza lo injusto o exagerado de las apreciaciones que hemos oído, lo veremos a su debido tiempo. Que la situación iba volviéndose desesperada, nadie ha puesto en tela de duda; bien como que se hacía indispensable recurrir a cualquier medio para salvarla. La discrepancia de opiniones principia en este punto; y, en todo caso, a la Nación le incumbía únicamente ese empeño. Con una simple algarada de cuartel, nada se remediaría; antes era posible, y aun seguro, que se complicaría el mal, que se agravaría, como en efecto ha sucedido. Ni economía pública, ni economía privada—o mejor al revés, porque primero es ésta que aquélla—se han librado del desastre. Es un hecho indudable la crisis general que padecemos. La han comprobado propios y extraños. La sienten todos y se quejan de ella. Industria, comercio, agricultura por los suelos. Secas las fuentes de productividad, y sin ninguna iniciativa para descubrir otras nuevas. Agotado el menor alicento vital, y sin ningún recurso para reparar las energías perdidas. Y como término o complemento, una moneda depreciada, infinitesimalmente depreciada, depreciada al máximo. Depreciada, y todavía enferma. Crónicamente enferma, eczemática. Limpia hoy en apariencia, cargada de sarna mañana. Sin indicios y menos probabilidades de curarse. ¿Había, necesidad, para este resultado desgraciado, de tanto apa-

COMO DECIAMOS AYER

rato y tanta bambolla, o lo que suena peor, para que le metieran al país en un zapato?

Esta es la mayor acusación contra el Ejército, su mayor culpabilidad. Se apoderó de la Nación por la fuerza; y la entregó en manos incapaces y codiciosas que la han convertido no más que en campo abierto de explotación. Lo que ha faltado para una obra deverasmente benefícosa, ha sido labor inteligente, sabia, honrada en el Gobierno. Que formen parte de él los hombres de más talento, de más saber, de más desprendimiento personal. Que contribuyan a la salvación nacional los ciudadanos de más relieve, de más prestancia, por sus claros antecedentes y sus insospechables ejecutorias. Los sacrificios del pueblo, con una enormidad de impuestos que pesan sobre él, estarían empleados dignamente, si sirvieran para su bien, para su propio bienestar; si los caudales obtenidos de ese modo no se invirtieran en fabulosos dispendios, en monstruosas dilapidaciones; si este progreso de escamoteo y alucinación fuera un progreso real, mediante la creación e incremento de la riqueza común y la atención a todos los requerimientos de las necesidades públicas. Y si no se justificaría, porque la tiranía no se justifica en ninguna parte y por ningún motivo, se atenuaría, hallaría su válvula de escape ésta que hemos soportado, como acontece con algunas tiranías que conocemos. Nadie ha negado la eficacia de la acción propulsora del tirano de Italia, y es evidente que se esfuerza en seguir de cerca sus huellas el tirano de España. Abominables uno y otro por sus actos de violencia; pero, por lo menos, dichos actos tienen un fin laudable. La diferencia proviene de que son hombres de ideas y de acción; en qué cada cual sabe lo que hace. Y, sobre todo, en que buscan la utilidad pública y no la utilidad particular. Fama y gloria talvez, nunca groseros provechos. ¿Han exprimido éstos la sangre del pueblo con una montaña de Presupuesto, para el sostenimiento de una costosa empleomanía, como ha pasado

COMO DECIAMOS AYER....

aquí? ¿Cuántos millones se han invertido en este nuestro país, en gastos inútiles, en granjerías de toda clase, durante los cuatro años de un gobierno autoritario? Y a este expolio fiscal se ha llamado arreglo de la economía del Estado. ¡Una maravilla!

Oyeron las campanas y no supieron dónde. Una revolución que tiene fines políticos, por fuerza ha de tener también fines de carácter social. En el estado actual del mundo, según he manifestado repetidas veces, no se concibe lo uno sin lo otro. Son dos aspectos que se compenetran, que forman un todo homogéneo. El antiguo concepto de la política ha variado sustancialmente. La función del Gobierno no ha de limitarse a meros cuidados de orden y seguridad del Estado, de dignidad nacional e integridad del territorio, de vigilancia y respeto en la vida y las relaciones de los ciudadanos. Ha de calar más hondo, en la entraña misma de la sociedad. La sociedad necesita de medios para su desenvolvimiento, de protección y ayuda para la consecución del bienestar común. A todos los hombres les asiste el derecho a una suma de felicidad, dentro de la órbita que se mueve cada cual. Ni pastores ni rebaños, ni esquiladores ni esquilados. Todos son seres racionales, destinados a vivir racionalmente. La injusticia creadora de antagonismos de clase, de odios y de luchas aniquiladoras, debe desaparecer. En su lugar ha de levantarse el reinado la justicia, que cimenta la paz en el amor y el bien de la generalidad. Este es un imperativo al cual nadie que ausculte serena y concienzudamente las palpitaciones del mundo en la hora actual, puede sustraerse. Leyes de acción social, enuncié al principio. He ahí la panacea que ha de curarnos de todo mal de la naturaleza que he anotado, y ha de precavernos de toda naciente dolencia. ¿Lo han entendido así nuestros reformadores? Algo de esto se les ocurrió posiblemente, como eco o reflejo de alguna campanada lejana; pues, imprevisamente, fuimos sorprendidos con un Ministerio

COMO DECIAMOS AYER . . .

de Previsión que, al cabo, ha resultado no más que un apéndice gravoso y perjudicial en el cuerpo o mecanismo de la Administración. Ni qué cosa buena se aguardaría de él, si sólo ha servido para que fueran a parar allá todos los residuos, todos los desperdicios de la voracidad oficial y burocrática. Ni ideas, menos acción bienhechora. El pueblo trabajador, el pueblo menesteroso y desvalido ha visto defraudadas sus esperanzas.

¿Qué más? "No os escandalicéis"—le decía ayer al Dictador el mismo que escribe estas líneas. "Vuestro Gobierno, mal que os pese, no es lo que vos candorosamente os imagináis"..... "Hay descontento en el pueblo. Ese descontento se va convirtiendo en odio, según las manifestaciones. Ese odio se trocará en venganza, más tarde"..... "No nos mueve a expresarnos en esta forma ni el encono destructor, ni el interés de la dádiva. Nuestra sinceridad nos inmuniza contra lo primero; nuestra altivez no se aviene con la limosna. Somos hoscos para la verdad. Nuestra hosquedad es austeridad republicana"..... "Un día, de no lejano recuerdo, tuvo un amanecer de primavera. El sol echaba borbollones de luz y de calor sobre las almas entenebrecidas y heladas por el sufrimiento. Los campos estaban alfombrados con una consoladora floración de esperanzas. El alegre trinar de las aves nos hizo soñar en paraísos de felicidad"..... "El cielo se encapotó; los campos se volvieron yermos; las aves plegaron silenciosamente sus alas. Y se anticipó la noche, sin que se vislumbrara una estrella en el horizonte"..... "El pueblo, el pobre pueblo, ya no puede con el fardo de sus sufrimientos. Está agobiado y jadeante. Un frío sudor de desfallecimiento baña su rostro exangüe. Hambriento, desnudo, miserable, yace moribundo y en desamparo"..... "El país sufre las consecuencias de los falsos prestigios, de la vacua charlatanería. Los que más daños le han causado, han sido los llamados intelectuales, magnates de la inteligencia, mo-

COMO DECIAMOS AYER . . .

...nopolizadores del saber, suma y compendio de todos los humanos conocimientos. Quince años han permanecido en el Gobierno y la Administración. Ellos en los congresos, ellos en la magistratura, ellos en los cargos de más importancia. Con el auxilio del sentido común, puesto que la lógica escaseara, se preguntan todos si los que ayer nada hicieron de bueno, serán capaces de redimirnos ahora"..... "Y la respuesta irrumpe como un anatema. La anunciada reconstrucción nacional no ha sido sino completa ruina nacional. Total descalabro y hundimiento de la Nación, y ningún asomo o siquiera esperanza de resurgimiento".

Estos son, en breve síntesis, los principales hechos con que pasará a la historia la trastada militar de julio. Salvemos desde luego lo salvable: una que otra buena intención, que sí hubo en algunos gestores del movimiento, lo cual por cierto sólo sirvió para que se les persiguiera con odio y saña implacables. Entregado el Gobierno en manos extrañas para descartar, según se dijo, la responsabilidad del Ejército en el nuevo orden de cosas que iba a crearse, el ideal de renovación y reforma que agitaba el alma nacional, se personifica en un hombre a quien la casualidad le llevó al más alto puesto. Al primer Presidente de la primera Junta de Gobierno le faltó perspectiva, manera de apreciar la realidad de la situación en su conjunto. Sincero, honrado, leal en sus convicciones; de una diaphanidad de sentimientos a través de los cuales se pueden ver las palpitaciones de su corazón, se engañó indudablemente. Pero se engañó de buena fe. Se engañó al juzgar igualmente a todos los hombres, y atribuir un alcance que no tenía al trastorno que acaba de efectuarse. Sin embargo, solo él supo interpretar fielmente los verdaderos deseos del pueblo, dar forma al espíritu de la verdadera revolución que de tiempos atrás anhelaba el país.

"Enamorados ardientes de la libertad, llenos de la conciencia de ella en nosotros y en todos los ciudadanos y

COMO DECIAMOS AYER . . .

todos los hombres"—se expresó en un bellissimo discurso que recogerá con merecida alabanza la historia—, "no estamos, no podemos estar en el Gobierno para oprimir a nadie, para tiranizar a nadie, menos para convertir el Poder en medio de dominación y engrandecimiento para nosotros y de esclavitud y miseria para los demás. En este sentido somos hombres nuevos, nos distinguimos un tanto de los antiguos políticos. Siempre fue el Ecuador país de gente rebelde y amante de la libertad; pero, por desgracia, aspirando a la propia libertad y al propio poder, los hombres y los partidos políticos del Ecuador, por falta de educación cívica, de espíritu colectivo, de alma nacional, de justo sentimiento de la Patria, de elemental sentido humano, no sintieron, ni respetaron la libertad ajena, el derecho ajeno. Somos hombres nuevos porque empezamos a comprender que esto no es ya posible, que la libertad y el poder propios deben afianzarse en el respeto del derecho y la libertad ajenos. Creemos que este sencillo principio abre una nueva vida, una nueva psicología, una nueva política para el Ecuador".

Y dirigiéndose al Ejército, añadió:

"Y hemos sido llamados por el Ejército, porque el Ejército piensa y siente como nosotros, porque se ha operado también el mismo proceso evolutivo que crea la conciencia jurídica y ética. El Ejército ha llegado a comprender que no puede ni debe ser instrumento de opresión, verdugo de los ciudadanos, amparador de regímenes ilegítimos, de explotación y corrupción. El Ejército se ha dado cuenta de que su deber es respetar la voluntad nacional, los derechos del pueblo, las libertades del pueblo; y se ha dado cuenta de que esa voluntad, ese derecho y esa libertad estaban falseados, conculcados, reducidos a la impotencia, a la sombra de un orden constitucional que era una apariencia y una farsa, una mentira y un sarcasmo. En este sentido los jóvenes militares son también hombres nuevos y se distinguen un tanto de los viejos militares. Esos jóve-

COMO DECIAMOS AYER

nes militares tienen ideales claros como nosotros, y tienen como nosotros el sentimiento profundo de la libertad y del derecho y el sentimiento justo de Nación y Patria”.

¿Qué fin tuvieron los hombres que intervinieron en la primera Junta de Gobierno y en las demás Juntas que le sucedieron? Haya piedad para los caídos y los muertos, y olvido para los que nada hicieron que los recomendará al respeto y la gratitud de la Nación. José Rafael Bustamante constituye la excepción en el naufragio general. Su virtud le salvó. Cuando abrió los ojos, cuando reparó en la red que se les había tendido, cuando se penetró de que la bestia no se domaba aún, que la fuerza seguiría siendo fuerza, fuerza ciega y bruta para la sinrazón y el atropello, se retiró con un gesto de rebeldía que será en todo tiempo un timbre de honor para su nombre y la mayor condenación de la farsa revolucionaria. Vino la Dictadura, y—¡quién lo creyera!—de sus labios saldría también el anatema que la marcaría con negra y candente marca de oprobio para siempre. De mí se dirá que hablo quizá movido por el odio, la venganza o algo peor. ¿Qué tacha se le pone a un republicano tan austero como Bustamante?

“El Ecuador”—consignó en un escrito mesurado y viril—“acaba de soportar una nueva autocracia entre tantas que le han oprimido en el curso de su vida republicana. Esta Dictadura, a vuelta de ciertos actos en pro de la organización económica y del progreso material, ha cometido graves delitos políticos de suma trascendencia que la Asamblea Constituyente no sancionará y que por lo menos merecen la protesta de los escritores. Queremos tener la alta honra y la íntima satisfacción de formar parte del escaso grupo de hombres libres cuya altiva palabra de protesta y escéptica sonrisa de desdén representa en esta hora el decoro del pueblo ecuatoriano”.

Y hemos llegado, paciente lector, al final de esta primera jornada.

COMO DECIAMOS AYER . . .

La tiranía, con todo de ser un gran mal, no vuelve a los pueblos enteramente desgraciados. Supuesto que sean conscientes de sus destinos y no anden faltos de valor y dignidad, los pueblos encuentran en su propia constitución el remedio de su desgracia, a la manera que ciertas compleciones robustas sacan de su natural vigor resistentes energías para sus achaques. La misma intensidad del dolor los regenera y los salva. La tiranía es, en principio, obra de la ignorancia. Sobre la común ignorancia han levantado siempre su orgullosa cabeza los tiranos. Pues digamos que la ignorancia es la mayor de las fuerzas, la mayor y más temible, agrandándose a veces hasta ser ilimitado, como una fuerza ciega de la naturaleza. Llevad la mente a las hordas de la antigua barbarie que arramblaron con el poder y la grandeza de pasadas civilizaciones, y echaréis de ver que con razón fueron calificadas de inundaciones, inundaciones más terribles y espantosas que las del Mississipi o del Támesis, verdadero diluvio asolador. Esa fuerza ciega de estupidez engendra en el seno de la fatalidad a los tiranos. Los que formaron un símbolo de esa fuerza y se fueron tras él como tras una bandera que ha de guiarlos, crearon de suyo la tiranía. Tiranía es fuerza bruta hecha hombre. Semejantes a los árboles corpulentos que descuellan en las montañas por cima de infinidad de pequeños arbustos con cuya savia se alimentan y ensanchan, los tiranos absorben la vitalidad de los pueblos y con ellos se nutren y agigantan. Sólo que lo que es natural en el desenvolvimiento físico, no lo es en el desenvolvimiento de lo moral y humano. ¿Nacieron por ventura los hombres para esclavos? Y los pueblos, que no son sino grandes aglomeraciones de hombres, ¿por qué habían de esclavizarse? No obstante la realidad es en ocasiones abrumadora. ¡Desgraciados de

COMO DECIAMOS AYER.....

los pueblos donde la conciencia de sus destinos no existe o ha desaparecido, donde el valor y la dignidad han muerto! ¡Desgraciados, por más que no caigan de pronto en la cuenta de su grande, de su inmensurable desgracia!

Valor y dignidad gozan de un mismo fuero. Ser dignos es ser necesariamente valerosos; de otro lado, la timidez, la pusilanimidad no podrán ostentar nunca las preseas de honor que avasallan los corazones. Honor, pundonor, dignidad son una misma fuente en que beben sus entusiasmos viriles los individuos y sus épicos entusiasmos los pueblos. Fuente de valor y heroísmo, mágico surtidor de arresos legendarios y legendarios hechos. Demos que haya individuos sin valor ni dignidad, como en efecto los hay para mengua de la especie; pero, repugna sólo la idea de pueblos indignos y cobardes. Los partidarios de la fuerza hacen consistir la autoridad en un poder tan grande y desmesurado, que de por sí infunde respeto. He ahí firmemente asentadas las bases de la tiranía. Porque ese poder no es, en suma, sino la misma fuerza sin contrarresto; y lo que se denomina respeto, traducido en buen lenguaje se llama miedo, agachamiento, bajeza. ¿Qué silencio es ése que se observa allí? Los pueblos no callan así como así; el dolor y la impotencia les obliga a callar, si ya no callan de degradación y miseria. El dolor se desahoga en quejas; cuando ni esto es posible, dígase que un paso mortal les oprime la garganta. Este silencio no es, desde luego, desesperado. Los pueblos altivos y de superiores arresos reaccionan al fin. Y tienen un acento agrio, de ruda asperéza, para la injusticia. Y rugen como leones, y se enfurecen como tigres ante el atropello. Braman a veces y se sacuden, como embravecidos volcanes, con bramidos aterradores y sacudimientos espantosos. ¡Ay de los tiranos entonces! ¡Ha llegado el día de las cuentas! El silencio humilde, resignado, indolente es de pueblos apocados y envilecidos. Silencio de sumisión: silencio vergonzoso de

COMO DECIAMOS AYER

esclavos. Silencio de tumba: silencio de podredumbre y gusanos. Miseria, asquerosa miseria.

No ha descubierto hasta hoy la tiranía otra manera de subyugar a los pueblos, como no sea envileciéndolos. Si no de buenas, por el atractivo de la dádiva corruptora, a las malas, por el rudo imperio de la fuerza, logra a la postre su propósito. El que no se ablanda con el cebo del beneficio, tiene que doblarse irremisiblemente agobiado por el dolor y el sufrimiento. O rindes tu fortaleza, o pereces sin remedio: es el dilema fatal. De este modo consigue mandar en paz y, lo que más importa, regodearse pacíficamente con el deleite y los provechos del mando. El toque del grande amor a la paz, de que tanto alardean los tiranos, está ahí; aunque al invocarla lo hagan en nombre del bien común, de ese bien en el cual todos debiéramos ser partícipes. Cuando oigáis que os hablan el enternecedor lenguaje de la paz, como una seductora promesa de ventura; cuando sintáis adormeceros con sus suaves arrullos, como en una edad dichosa de ensueños y quimeras felices; cuando se cierren vuestros párpados con el vértigo de la caricia voluptuosa, hundiéndoos en el dorado piélagos de fantásticas esperanzas; sabéis ya a donde os llevan, pobres pueblos tiranizados, y qué es lo que esperan de vosotros. Venga la paz, la paz sí a cualquier precio: corrupción y venalidad en las conciencias, acanallamiento y ruindad en los caracteres, servilismo y bajeza en las palabras y en las obras; o la fuerza impone sus dictados. La tiranía sale airosa al fin. Desde luego, entre la corrupción y la violencia, venga ésta a todo trance, puesto que nos veamos precisados a sufrirla. La violencia engendra resistencia, y pueblos que se resisten a ser atropellados se hallan en vía de salvarse. Corrupción es veneno lento que termina por envilecerlos, y pueblos envilecidos téngase de fijo por esclavizados y muertos.

